

COLETTE



DÚO

Lectulandia

La trama de Dúo, que pudiéramos decir que es un novela corta, es sencilla, apenas hay dos personajes, una pareja que lleva junta 8 años. De repente él descubre una carta donde se delata el romance que un año atrás ella tuvo con su socio. Para ella todo está superado y no significó nada, pero él va a tener que luchar duro por superarlo, y sin que se enteren los vecinos, los criados...

Las feministas de pelo en pecho creen tener en Colette a su mentora, ya que era libertina y bisexual, capaz de componer su propio orden de cosas, juguetona de la moral y juguetona con los animales, a los que amaba como a una de sus extremidades. Si se la lee sin detenimiento, se convierte uno en seguidor ideológico. Pero no es así cuando se la mira a la cara. Su bisexualidad no fue más que una máscara, una huida. En «Lo puro y lo impuro» habla de las relaciones lésbicas que ella misma practicó, pero las describe como una salida para las mujeres que huyen de los hombres, un recurso para provocar celos, para acabar siempre volviendo a ellos, de ahí que censure su libertinaje.

Lectulandia

Sidonie Gabrielle Colette

Dúo

ePub r1.0

Titivillus 21.03.16

Título original: *Duo*
Sidonie Gabrielle Colette, 1934
Traducción: E. Piñas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Abrió la puerta bruscamente, y permaneció un momento de pie en el umbral. Luego suspiró: «¡Oh, qué fastidio!», se echó a tuestas en el diván y se abandonó al baño de la fresca sombra. Pero prefirió las recriminaciones al descanso, y se incorporó con rápido movimiento.

—¡No me ha ahorrado nada! Chevestre me ha llevado por todas partes, contempla mis zapatos... y el establo que se está derrumbando sobre los bueyes, y los mimbrerales inundados, y el ribereño de enfrente, que pesca con dinamita... He tenido que, óyeme bien, he tenido que...

Se interrumpió.

—Estás muy bonita aquí. Esto merece que se tome en consideración, evidentemente...

Su mujer había colocado el escritorio, viejo y sin belleza, en el profundo vano de la ventana, bajo la luz de mediodía brillante de polvo. Ante ella, un ramito de orquídeas púrpura en un florero de grueso cristal, lleno de agua, testimoniaba que Alice había ascendido desde los prados más húmedos, alfombrados de raíces de alisos y mimbres. Bajo su mano, una carpeta de cuero repetía el color de las flores, y su reflejo, al alcanzar el rostro de Alice, turbaba el gris verdoso de sus pupilas, que Michel comparaba a la hoja de los sauces.

Ella escuchaba a su marido con complacencia, pero sólo le contestaba con una sonrisa soñolienta. Él experimentaba un inagotable placer al constatar que los ojos de Alice y su boca, dilatados por la sonrisa, se tornaban casi iguales y de forma muy semejante.

—Aquí tienes los cabellos llenos de hilos rojos —dijo Michel—. En París son negros.

—Y blancos —repuso Alice—. Diez, veinte cabellos blancos, aquí encima...

Ofrecía su frente a la luz, y mentía con coquetería, orgullosa de sus treinta y seis años, juveniles, despreocupados, y de su carne ligera.

Observó que Michel se levantaba con intención de acercársele.

—¡No, Michel! ¡Tus zapatos! ¡Ten compasión del entarimado, encerado esta mañana! ¡Ese barro rojo!

El sonido de su voz contenía siempre a Michel. Incluso dormida y un poco quejumbrosa, sabía protestar suavemente, en el mismo tono, ante lo peor y lo mejor. Michel separó las piernas formando una V y tan sólo apoyó los tacones, con el mayor cuidado, sobre el entarimado de largas tablas gastadas.

—Este barro rojo, querida, es de las orillas del río. El héroe que te está hablando salió de aquí a buen paso a eso las nueve, no se ha sentado desde entonces, excepto para tomar un sorbo de vino blanco, ¡y qué vino! Un vino blanco verdoso y asesino, un producto para quitar el cardenillo al cobre, para afilar cuchillos...

Se levantó con cierto esfuerzo y apoyó una mano en la cadera:

—Querida, es el precio de nuestras vacaciones... ¿Seremos todavía en 1933 los señores de aquí? Este Chevestre... tiene cara de comprador... Mientras que yo... ¿Durante cuánto tiempo tendré aún cara de propietario?

Caminaba de un lado a otro, dejando marcada con arcilla seca la huella de sus pasos, pero Alice ya no pensaba en el entarimado.

—¡Tú estás bien cómo eres! —dijo Alice cuando su marido pasó ante el escritorio.

Alice no le tenía acostumbrado a tales vivacidades, y él se detuvo para sonreírle.

—¿Tan mal están las cosas, Michel?

Ante todo, Michel percibió en la voz suplicante de Alice la necesidad que sentía de ser tranquilizada, y la tranquilizó:

—Tan mal, no, hija mía. No están peor que en otras partes. Pero ¿qué quieres? Los tejados ya cumplieron con su deber, la granja funciona con medios de hace cincuenta años... Chevestre roba normalmente, creo... Habrá que elegir, consagrar nuestro dinero, todo lo que proporciona la sala del Petit-Casino, a rejuvenecer, a consolidar Cransac. Cuando pienso que no hace más que tres años una película duraba cinco meses, y que montábamos un espectáculo arrevistado todos los inviernos en provincias con los restos del vestuario de Jeanne Rasimi. Cuando pienso...

Alice le detuvo de nuevo tendiendo su mano con los dedos juntos:

—No, no pienses más. Precisamente es en eso en lo que no hay que pensar. Los mimbrerales...

—Resquebrajados. No se sacará de ellos ni tres mil francos.

—Pero ¿por qué se han resquebrajado?

Michel la miró desde lo alto, como le gustaba hacer cuando ella estaba sentada y él de pie, con competente conmiseración.

—¿Por qué? ¡Hija mía! ¿No sabes nada?

—No. ¿Y tú?

Michel rió entre dientes.

—Yo tampoco. No sé nada de todas sus artimañas. Chevestre dice que es debido al calor. Pero Maure, el aparcerero, afirma que si Chevestre hubiera podado a fondo hace dos años... Aparte de que el terreno es demasiado compacto para el mimbre... Imagínate, yo metido en todo eso... Levantó la mano, el dedo meñique en el aire como en un juego infantil. Luego dejó de reír, de hablar, se colocó frente a la puerta ventana. Un alud primaveral de hojas nuevas, de serpollos sin cortar, de largos retoños de rosales enrojecidos por la apoplejía de la savia, aproximaba a la casa los macizos descuidados. Bajo los álamos, el oro, el cobre de las hojas nuevas usurpaban aún el lugar del verde. Un manzano silvestre, de pétalos blancos forrados de vivo carmín, había triunfado del árbol de Judea un tanto enclenque, y las jeringuillas, para escapar de la sombra mortal de las aucubas^[1] barnizadas, tendían a través de las largas hojas exigentes, manchadas como serpientes, sus frágiles ramos, sus estrellas

de un blanco de mantequilla.

Michel midió con la mirada la alameda empequeñecida, el avance de los macizos que ya no se cortaban, la mezcla de los aromas.

—Se pelean —dijo a media voz—. Si se les mira demasiado, esto deja de ser alegre...

—¿El qué?

Alice, medio vuelta en su asiento, comparaba a Michel con el Michel del año anterior. «Ni mejor ni peor...». En pie, ambos eran de una misma estatura pero ella parecía ser muy alta y él, un poco bajo. Él, más que ella hacía uso de una seducción totalmente física, de una juventud en los gestos que provenía de dos o tres oficios que había ejercido y donde es preciso gustar a mujeres y a hombres. Al hablar enseñaba sus cuidados dientes, sus ojos de color de tabaco. Para ocultar la parte inferior, algo distendida, de su mentón, lucía desde hacía poco un pequeño barboquejo de barba a la española, fina y rizada, muy corta y como pintada sobre su piel, y que le llegaba a las orejas, mediante el cual se parecía —baja frente de redondos rizos, nariz poco prominente y la boca bien dibujada— a muchas hermosas cabezas antiguas.

Alice garabateaba sobre la mesa y miraba a hurtadillas a su marido. Temía, sobre todo, que él le confiara de una sola vez demasiados motivos de preocupación. El buen tiempo, una hormigueante y dulce fatiga corporal la hacían sentirse sin energías, ávida tan sólo de ignorar que, a cada tormenta, el tejado perdía algunas tejas, doradas por el líquen, que en el establo se tapaban con paja los agujeros de las paredes en lugar de ir a buscar al albañil. En París, al menos, no pensaba...

—¿Y luego? —preguntó sin querer.

Michel se estremeció, masculló como un hombre al que se despierta o desea tomarse tiempo:

—¿Cómo? ¿Y luego? Pues nada. Ya sabes que Chevestre sólo me habla de cosas fastidiosas. Tres horas de estupideces a la llegada; tres horas de estupideces la víspera de la partida; una o dos complicaciones durante nuestra estancia, éste es el precio al que yo pago nuestras vacaciones de Pascua. ¿Es caro, o no?

Pasó detrás de su mujer, se apoyó en el marco carcomido de la ventana, y aspiró el aroma de su país natal. La tierra violácea y blanda, la hierba ya alta, la catalpa en flor por encima del espino rojo, la lluvia de *eglantinas*^[2] sobre el dintel de la puerta ventana, las jeringuillas que el calor apresuraba, los citisos como largos pendientes amarillos... No hubiera querido perder nada de esos bienes llenos de lozanía, abandonados y viejos. Pero lo único que le importaba más allá de toda razón era Alice. A lo lejos, el río invisible y desbordado, todavía frío, humeaba bajo el sol como un rastrojo que se quema.

«Chevestre pagaría un buen precio. El cerdo se muere de ganas. Ha llevado bien su campaña. Ya me previno mi vecino Capdenac: “Cuando tu administrador calce botas, échalo a la calle, o bien será él quien te eche a ti...”».

Una delgada mano se posó sobre su manga.

—En absoluto —dijo Alice.

Sin levantarse, ella había vuelto a medias su sillón hacia la ventana, hacia la irrupción de luz, de los zumbidos, de los cacareos de gallinas y cantos de ruiseñores. El techo bajo, de oscuras vigas, los sombríos colores de los muebles y del papel floreado sobre un fondo marrón, absorbían la luz y sólo devolvían unas breves reverberaciones sobre la panza de un jarrón, de una jarra de cobre, sobre el bisel de un espejo italiano. Alice vivía en aquel salón biblioteca, pero atrincherada entre la puerta ventana y la chimenea, huyendo de las regiones tenebrosas del fondo de la estancia, y las dos enormes estanterías de libros, sin cristales, que tocaban el techo...

—Eres encantadora —dijo Michel brevemente, acariciando la lisa cabeza de su mujer.

Se sentía vulnerable, próximo al enternecimiento, y trataba de ocultarlo.

«¡Estoy apagado! ¡La fatiga y este país! ¡Oh! ¡Este país! ¡Apuesto a que aquí hace más calor que en Niza!».

Como había dirigido temporadas de casinos, tenía la costumbre de compararlo todo con Niza, con Montecarlo o con Cannes. Pero ya no se atrevía a decirlo en voz alta, por lo menos delante de Alice, que fruncía las cejas y arrugaba su nariz de gato, riñéndole en tono lastimero:

«¡Michel, no hagas de corredor de comercio!».

La cabeza redonda se prestaba a su mano hábil.

Michel sabía acariciarla en el buen sentido, siguiendo el peinado inmutable de Alice, que cortaba sus cabellos en espeso flequillo, paralelo a sus cejas horizontales, y no los rizaba. Llevaba vestidos atrevidos, pero una extraña timidez le impedía modificar el arreglo de sus cabellos.

—Basta, Michel, me fatigas.

Michel se inclinó hacia el seductor rostro echado hacia atrás, muy poco maquillado, rebelde a la vejez, hacia los ojos que se cerraban rápidamente tanto bajo la impresión de aburrimiento como del exceso de felicidad.

«Una vez vendido Cransac, me lucirá un poco el pelo. Incluso sin reparaciones, Cransac resulta un peso terrible. Una vez vendido Cransac, me sentiré ligero, me ocuparé del bienestar de Alice... Me deslomaré por ella... por nosotros dos».

En sus monólogos interiores empleaba deliberadamente palabras de una jerga romántica, de igual forma que balanceaba inútilmente los hombros, en prueba de lucha por la vida.

—Esta mañana te muestras muy delicada. Anoche, lo fuiste menos...

Alice no protestó, pero de su mirada ya no entregó más que una fina línea de un blanco azulado entre las pestañas ennegrecidas, y la sonrisa de su boca. Michel la acarició con unas palabras brutales, que ella recibió con un estremecimiento de sus pestañas, como si le hubiera salpicado con un ramillete húmedo de agua. Uno y otro se prestaban a aquellos renacimientos de la pasión, regalos del azar, del viaje, de una estación bruscamente despertada. Llegados la víspera, bajo una tempestad

primaveral, encontraron en Cransac la lluvia, el sol poniente, un arco iris encima del río, las pesadas lilas, la luna que se alzaba en un cielo verde, unos pequeños y brillantes sapos bajo los escalones de la escalinata, y durante la noche oyeron caer, de lo alto del oquedal, los chaparrones retardados y los cantos de los ruiseñores en anchas gotas...

En el momento en que su marido estrechaba contra él la cabeza y el cálido hombro de Alice, y le acariciaba la barbilla con una mano que se olvidaba de ser suave, ella lo apartó, a la vez que le advertía en voz baja:

—¡María está al llegar! ¡Son las doce y media!

—¿Y qué? ¡Que venga! Nos ha sorprendido más de una vez.

—Sí. Pero nunca me ha gustado eso. A ella tampoco. Estírate el jersey. Arréglate los cabellos...

—Bien —concluyó Michel—, adoptemos un aire natural. ¡Atiza, aquí tenemos a la poli!

Alice jamás reía cuando su marido bromeaba de cierta forma grosera, empleando palabras previstas. Pero no demostraba la menor impaciencia, habiendo esperado todo cuanto él poseía de vulgaridad, deliberadamente acentuada, de su delicadeza secreta.

«No me gusta que seas fino» —le decía—; «sólo eres fino cuando te sientes desgraciado».

A lo lejos, el entarimado, alabeado en grandes ondas, crujía bajo los pasos de María, que entró empujando la puerta y no mostró más que la mitad de su cuerpo.

—¿Quiere la señora que se dé la primera llamada?

—¿Y yo? ¿Es que no cuento para nada, vieja hormiga? —exclamó en tono de chanza su amo.

La criada se parecía más bien a un caballo, pero al estilo de los saltamontes que tienen cabeza de caballo. Rió, dio las gracias a Michel con un parpadeo de sus resplandecientes ojillos, y cerró la indócil puerta. Alice, puesta de pie, ordenaba sus lápices.

—Cómo procuras halagar a María...

—¿Celosa? —exclamó Michel con su tono más chabacano.

Su esposa no se dignó contestarle. Con la palma de la mano aseguraba el orden de su peinado liso y excéntrico. Sabía que María, la guardiana, no aceptaba otra autoridad, otra seducción que la de Michel. Seca y delgada, a sus cincuenta años María representaba a las mil maravillas el papel de la «nodriza del señor» y sabía juntar las manos suspirando: «¡El que no lo ha visto de mozo, no ha visto nada!». A decir verdad, hacía tan sólo diez años que le servía, y si a veces miraba a Alice como a una igual, era debido a que ambas habían entrado en Cransac el mismo año. Pero Alice hacía justicia a María, que guardaba Cransac manteniendo una honrada e incansable vigilancia, ayudada únicamente por su marido, un hombre que servía para todo, grueso y sin vigor, a quien las doce hectáreas de parque desalentaban.

—¿Nos lavamos las manos? —preguntó Michel.

—Sí, pero en la cocina. Todo está limpio en el cuarto de baño, y te prohíbo entrar en él. Hasta he sacado brillo a los metales.

Michel rió, tratando a su mujer de temible maniática.

—¿Y tú crees que a María le gustará que nos lavemos en «su» fregadera?

Alice volvió perezosamente hacia él su cabeza negra, sus hermosos ojos grises, verdecidos por la deslumbrante ventana.

—No. Pero María sabe que a veces debe tragarse lo que le molesta. ¿A dónde vas con esas flores?

Michel llevaba hábilmente el pequeño cazo de grueso cristal, desbordante de orquídeas silvestres.

—A la mesa. Era tan bonito el reflejo violeta en tus ojos y en tus mejillas... Así... Pero también necesitaremos el otro cacharro, el del mismo color, ya sabes cuál quiero decir...

—¿Qué cacharro? Cuidado, Michel, estás derramando el agua de las flores... ¿Vienes?

—¡Jamás en mi vida he tirado un jarrón con flores! Una especie de carpeta, ahí, en tu escritorio... Ya no está. ¿La has guardado? ¿Qué estabas haciendo? ¿Escribías?

—No, dibujaba, simplemente, unos vestidos...

—¿Para...?

Alice le miró como si le viera de lejos, con una tenue sonrisa de disculpa en sus labios.

—¡Oh! Ya sabes... es mi manía... Me digo que si la próxima temporada se montase Daffodyl, mis trajes no saldrían más caros, sino más baratos, que si se aprovecha el viejo vestuario de Mogador, y sin querer alabarme...

Tendió su larga mano con los dedos juntos y concluyó su frase apoyándola con un movimiento de cabeza.

—¡Enséñamelo! —Ordenó Michel impetuosamente, colocando el pequeño florero en el escritorio—. ¿Dónde están los dibujos? ¿En la carpeta violeta?

Alice chasqueó los dedos con un gesto de impaciencia.

—¡Vamos! ¿Qué cuento es ése? ¡No existe ninguna carpeta violeta! ¡Almorcemos de una vez, Michel!

Éste miró a su mujer con aire ofendido:

—¡Habrase visto! ¡No existe carpeta violeta! ¡Hablarle como a un crío!

Alzó el brazo y señaló en la mejilla de Alice el lugar del reflejo desvanecido.

—Ahí... y ahí —dijo a media voz—. Un color para pintar... Estabas iluminada como por unas candilejas al rojo en la que se ha dejado un tercio de bombillas azules... Rojo... violáceo... magnífico...

Alice se encogió de hombros e hizo una mueca de incomprensión.

—Yo me voy a almorzar, Michel. El quiche se enfriará.

—¡Espera!

Más que la orden, la retuvo el timbre de la voz. Michel había gritado de un modo singular, en dos notas de temor. Conocía las causas de semejante cambio de timbre. Al volverse, encontró a Michel un poco lívido, y observó que respiraba de prisa. Se concedió tiempo y el lujo de pensar: «Se parece a Mathó el pequeño...». Luego irrumpió pausadamente en lo desconocido.

—¿Qué te pasa ahora, Michel?

Éste sacudió su frente rizada, como para rechazar todo cuanto ella le iba a decir.

—No compliques las cosas. Hay algo... Pronto, Alice. Me has dicho que aquí no existe carpeta... ningún cacharro violáceo... Repítelo, no me he vuelto loco... ¿No hay nada?

Alice contempló desolada el rostro extraviado de su marido, las oscuras ojeras en un instante marcadas en torno a sus ojos. Buscó rápidamente a su alrededor, en las paredes, entre las vigas del techo, algún reflejo errante, alguna centella empurpurada de espejo, un prisma entre dos cristales tallados. No encontró nada y posó su expectante mirada en Michel.

—No —repuso tristemente.

Alice le observaba con tanta inquietud, que él se engañó. Exhaló todo su aliento y se dejó caer en la butaca de su esposa.

—¡Santo Dios, qué cansado estoy! ¿Qué me ha pasado? ¿Qué sucede...?

Alzó la cabeza hacia su mujer como un niño, y ella estuvo a punto de abandonarse, de cogerle entre sus brazos, de llorar un poco, de temblar en el refugio. Sólo se concedió lo que la prudencia exigía de ella. Dibujó una dulce sonrisa de sorpresa, hizo un esfuerzo para abrir sus largos ojos y fijarlos a la mirada mendigante de Michel.

—¡Qué miedo me has dado, Michel! —dijo plañideramente.

Michel la contemplaba con el ansioso y severo amor que muchos hombres ligeros dedican, en secreto, a una compañera, y ya suspiraba tranquilo al verla tan igual a sí misma, la boca apenas enrojecida, el labio inferior ancho y a menudo hinchado, el labio superior breve y estirado por la nariz, aquella pequeña nariz un poco chata, un poco aplastada, fea, de indígena de Camboya inimitable y, sobre todo, aquellos ojos alargados como las hojas, entreverados de verde y gris, claros por la noche bajo la luz de las lámparas, más oscuros por la mañana...

Alice no se movía ni apartaba la mirada. Pero Michel vio que, bajo el tupido fleco de cabellos, una de las cejas de Alice se estremecía imperceptiblemente, obedeciendo al capricho de una ligera convulsión nerviosa. A su olfato llegó al mismo tiempo el olor que revelaba la emoción, el sudor cruelmente arrancado a los poros por el miedo, la angustia, el olor que caricaturiza el perfume del sándalo, del boj recalentado, el perfume reservado a las horas del amor y a los largos días de la canícula. Michel desanudó los dos brazos misericordiosos, se volvió a medias y abrió el cajón del escritorio.

Bajo el rayo de sol que le acarició, la carpeta de tafilete resplandeció, y el primer

movimiento de Michel fue el de una pueril victoria:

—¿Eh? ¿Lo ves?

Como sonreía sin cesar de repetir «¿Eh...? ¿Eh?», Alice decidió sonreír también. Casi no pensaba en nada y permanecía inmóvil. «Si no me muevo, él tampoco se moverá...». Pero en cuanto ella sonrió, él cambió de expresión, y Alice comprendió que la sonrisa de su marido era un accidente sin el menor significado. Y, melancólicamente, utilizó lo que tenía a su alcance y dijo:

—Ha sonado la primera campanada.

Michel se volvió maquinalmente hacia la puerta ventana, encogiendo el cuello, como si quisiera contemplar la campanilla negra que el rosal de mayo y el jazminero amarillo amordazan a medias, y ella esperó a que se fuera serenando, se levantara, preocupado por María, tan astuta, y por el almuerzo retrasado; que dejara para más tarde lo que tenía que decir, lo que tenía que hacer... «Más tarde —se dijo Alice— lo habré arreglado todo. O estaremos muertos».

Se arriesgó a dar media vuelta hacia la puerta, pero Michel le sujetaba la muñeca.

—¡Espera! —dijo—. Esto no se ha terminado todavía.

Alice fue desleal en aquel momento, y gimió bastante fuerte, se esforzó en llorar:

—¡Me haces daño! ¡Suéltame!

Sacudió su puño dentro de la mano, la cual se abrió al instante, y perdió la esperanza de ser maltratada, pues Michel conservaba su sangre fría de una manera absurda, como los naufragos que se repiten, ya cubiertos de agua salada: «¡Qué lástima! ¡Estos gemelos sólo me los he puesto dos veces!». Mostraba un rostro atento, despierto, pues, en realidad, sólo se hallaba despierto y atento, todavía alentado por la esperanza tanto como ella lo estaba; luchaba por ella y no contra ella... Por un momento él se hizo, como ella decía, «simpático», la cabeza ladeada, una leve sonrisa un tanto turbada en sus ojos de color de tabaco. Alice se sintió envejecer en pocos instantes: «No podré salvarle de lo que teme», pensó, y, descorazonada, comenzó a detestarlo. Se suavizó, se apoyó en una sola pierna, dándose cuenta de que su movimiento instituía una especie de rendición.

De todos modos, él no abría aún la carpeta morada, y Alice tiempo de leer en Michel un deseo cobarde, muy parecido a su propio deseo, de cerrar el cajón, correr y atrapar un instante que huía y los dejaba congelados, olvidados, inmóviles, el instante en que Michel había hablado del reflejo purpúreo en la mejilla de Alice.

«Voy a gritarle: ¡es un juego!, cogeré la carpeta, huiré, él correrá detrás de mí y...».

Michel, la cabeza muy cerca del tibio seno de Alice, señalando la carpeta que seguía cerrada, preguntó temerosamente:

—¿Qué hay aquí dentro?

Alice se encogió débilmente de hombros y se inclinó hacia él como para decirle adiós.

—Nada. Ya no hay nada.

Michel se arrojó con rabia sobre las últimas palabras:

—¿De modo que tuviste tiempo de hacer limpieza?

Ella se enderezó, aspiró el aire con energía, hinchando las ventanas de su nariz de indígena de Camboya, se lamió su ancho labio hendido, y su rostro se rejuveneció. Por fin era necesario discutir, defenderse, confesar diplomáticamente, herir a Michel para mantenerlo ocupado, para que no se hiciera daño a sí mismo...

«Reparar lo que he hecho... ¿Por qué se me ha ocurrido decirle que no había tal carpeta púrpura? Mi pobre Michel, mi pobre Michel...».

Contuvo unas lágrimas, que dieron un brillo inusitado a sus ojos, y la sangre ascendió a sus mejillas. Luego apretó púdicamente los codos contra su cuerpo, debido a la mancha húmeda que se extendía bajo sus brazos y ennegrecía su vestido azul.

—Escúchame, Michel... Lo comprenderás...

Michel rió forzosamente, levantada una mano:

—¡Oh! ¡Oh, no...! Me sorprendería...

Alice había contemplado a menudo en él aquella falsa desenvoltura, aquella risa forzada cuando lo creía todo perdido en los negocios.

—Michel, harás bien en no abrir esa carpeta. Ahí dentro ya no hay nada, ni para ti ni para mí. Si la abres, la... el papel que encontrarás, has de decirte que no es nada, que ya no es nada. Un... unas cenizas, lo que queda de algo destruido, acabado... En fin, nada, ¿me oyes?, nada...

Michel escuchaba sorprendido, enarcando las cejas y estirando entre dos dedos su pequeño barboquejo de barba nueva, con expresión incrédula. Sin embargo, oyó todo lo esencial:

—¿Acabado, dices? ¡Ah! Bien... Bien...

Cogió la carpeta de brillante tafilete, que recibió el sol como un espejo. Una mancha purpúrea saltó al techo, tropezó con las oscuras vigas.

Cuando Michel abrió la carpeta, un papelito ligero descendió planeando oblicuamente hasta el suelo, entre las patas de la mesa escritorio. Alice apoyó la mano en la manga de Michel.

—¿De veras no quieres dejarlo ahí? Lo tiraré, lo quemaré... y... Michel, piensa en nosotros...

Michel se agachó con un ligero esfuerzo, y al incorporarse le dirigió una mirada furiosa. Estaba irritado con ella por haberle obligado, al demostrar demasiada confusión, a recoger aquella hoja ligera, metálica y susurrante entre sus dedos como un billete de banco nuevo, que palpaba maquinalmente:

«Es *foreign paper*, el papel de la gente que escribe diez, quince páginas...».

Sin embargo, la hoja sólo contenía unas cuantas líneas con una letra muy fina.

—¡Si es la letra de Ambrogio!

Alice adivinó toda la esperanza que contenía aquel grito tan ingenuo, y sintió aproximarse el momento más difícil y duro. Se dirigió al diván y se sentó, no como de costumbre, con sus largas piernas dobladas, sino erguida, presta a ponerse en pie y

a echar a correr.

La sensatez, la previsión de su cuerpo la aterraron; midió con la mirada la distancia del diván a la puerta que se abría con dificultad, la distancia del diván a la ventana, y perdió la paciencia:

«¿Qué? ¿Aún no la ha leído? ¿Qué espera? No nos vamos a pasar todo el día así...».

—Ambrogio... —repetía Michel—. ¿De qué fecha es esta carta?

—De noviembre del 32 —dijo ella brevemente.

—¿De noviembre del 32? Pero ¿no estaba yo en Saint-Raphael en noviembre del año pasado?

Alice se encogió de hombros, furiosa porque su marido abriera tanto los ojos y buscara sus redondos lentes:

—¡En el clasificador! —dijo con la misma voz seca de antes.

—¿Qué?

—¡Te estoy diciendo que los lentes están en el clasificador!

Alice se exasperaba progresivamente, renacía al placer de criticar y combatir:

«¡Señor, qué expresión más estúpida! ¡Si sabe de sobra que no puede leer la letra de Ambrogio sin lentes! ¿Es que será preciso que le lea la carta en voz alta?».

Tan torpe como si estuviera desnudo, Michel tardó en colocar detrás de sus orejas las patillas curvadas de sus lentes de astigmático. Alice le sentía humillado, presto a dejarse arrebatado por el furor para recobrar el aplomo, y ella se abstuvo de toda manifestación. Por otra parte, en cuanto Michel lanzó un vistazo a la carta, que Alice leía en su memoria al mismo tiempo, su expresión cambió:

Agradecerle semejante velada, semejante noche, no me atrevo ni siquiera a hacerlo, Alice. Apenas si oso recordar el don que me hizo usted, y mendigar una vez más. Es demasiado bello, demasiado dulce... La estrecho toda entera mis brazos.

Alice esperaba que Michel alzase los ojos, hacia ella, y pensaba a rachas, indiferente:

«Pero cuánto tiempo toma Y ese otro imbécil que escribe mi nombre en su primera carta. Una carta de una vulgaridad... Es cierto que las siguientes fueron mejores. Tenía que haber dicho a Michel cualquier cosa. Era la infancia del arte. El infarto del ansia. Pero ya es mala suerte; en el preciso momento en que me disponía a romperla... Esto me enseñará. Juro que si todo se soluciona sin catástrofe alguna me iré a acostar, y dormiré de un tirón hasta mañana por la mañana...».

Cuando acabó de leer, Michel dobló los lentes y miró a su esposa. Al punto Alice experimentó un gran alivio al ver que volvía a ser guapo, y que de él había desaparecido todo embarazo.

—¿Y qué más...? —dijo Michel en tono cortante.

—¿Qué más...? —repitió ella, ofendida.

—Bien... espero que te expliques.

Alice tardó en aceptar el tono de interrogación.

Por diplomacia se dejó llevar por la irritación. Su pequeña nariz asiática se alargó, frunció las cejas y su tupido flequillo de cabellos bajó hasta rozar las pestañas.

—¿Es que eso necesita una explicación? —dijo con voz tranquila.

Michel imitó inconscientemente el movimiento de los rasgos de su mujer. Bajando las cejas, devolvió a Alice su leve sonrisa de cólera y descubrió sus cortos dientes.

—Tan sólo un suplemento de información. Veo que tienes el buen gusto de no negar... ¡Oh!, por favor, no pongas tu expresión de boy anamita que ha hecho traición, eso ya no me impresiona. Decíamos, pues, que Ambrogio, mientras yo me deslomaba en el Casino de Saint-Raphael y le tenía confiado el cine de la Avenue... Ese asunto no es demasiado viejo. Me parece que está fresco aún, ¿eh?

—No —replicó Alice con acento desdeñoso—. Te he dicho que ya no hay nada. Puedo añadir que ha durado tan poco...

Michel adquirió una expresión sagaz:

—¡Eso es lo que tú dices, lo que tú dices!

Ella no contestó. Reflexionaba sobre el pésimo giro que había tomado la conversación. Esperaba un rápido torrente de lágrimas, de reproches, dos manos crueles en torno a sus muñecas, la rotura de un florero. Prestaba atención a los pasos de María, pensaba en la campanilla negra...

«Cuando suene la segunda campanada, ¿qué sucederá? ¡Ah!, si no hubiera impedido a Michel que me besara cuando regresó, sé muy bien dónde estaríamos ahora... ¡Qué idiota soy...!».

Volvió la cabeza hacia la puerta del fondo, flanqueada por las dos estanterías gigantes, hacia el dormitorio con dos camas gemelas bajo un dosel de flecos retorcidos, y se apostrofó aún más vigorosamente: «¡Esta pereza en quitarme, en levantarme la ropa! ¡Esa precaución para que María no sepa que hemos arrugado el *chintz*^[3] de la cama, y vuelto a ensuciar el cuarto de baño! Ahora...».

Esperaba que Michel, de pie ante la puerta ventana que el sol iba abandonando poco a poco, se volviera. Él se volvió al fin, mostró a Alice un rostro que ella reconoció, su agradable rostro de todos los días, fatigado, todavía seductor, y que tan mal sabía expresar la tristeza:

—¿Qué nos has hecho?

Pillada por sorpresa, Alice tuvo que luchar contra la ascensión de las lágrimas, contra la tos de los sollozos, contra la saliva salada con sabor a sangre, contra el deseo femenino de humillarse, de suplicar. Sólo pudo balbucear:

—Michel... te aseguro... Michel...

En aquel preciso instante la campana negra, suspendida sobre la ventana, sacudió sus ligaduras de glicinas y del rosal de mayo e impuso su vocecita cascada y frenética. Alice se levantó precipitadamente, se estiró el vestido y se alisó los cabellos. Michel blasfemó a media voz, consultó su reloj de pulsera...

—Es la segunda campanada —dijo Alice.

—Y con retraso y todo... —aseveró Michel.

Hizo un gesto de desaliento, y Alice adivinó que pensaba en María, en el marido de María, en Chevestre, en la aldea vecina, en todos sus espías familiares y astutos...

—¿Qué hacemos? —preguntó Alice en tono bajo. Pero le consultaba, sobre todo, con la mirada, le cubría con una bella mirada de cómplice humilde. Michel se encogió de hombros, hundió las manos en sus bolsillos:

—Naturalmente, vamos a la mesa...

Se apartó para dejarla pasar, la detuvo, la observó de cerca.

—Ponte polvos... Tienes algo negro, ahí, debajo del ojo. No, con el dedo no; lo extiendes más... ¡Ten cuidado, por Dios!

Michel le tendió su pañuelo.

Alice había supuesto que el almuerzo constituiría un suplicio complicado, un simulacro de comida, paralizado por la tortura y una falsa indiferencia. Pero con gran estupor vio que Michel sólo se ocupaba de regañar a María. Al entrar en el comedor, siempre un poco enmohecido y que olía a sótano, exclamó:

—¡Oh! ¡Oh! ¿Pero, qué es lo que estoy viendo? ¿Ya hay rábanos? ¿Son rábanos de invernadero?

Alice, ya sentada, le miró como si hubiera dicho una inconveniencia, pero María se dignó sonreír y Michel continuó buscando, por los mismos medios, el mismo éxito. Interrogó a la fuerte criada sobre el huerto, se interesó, con apasionado interés, por un enjambre de abejas que construía sus panales bajo las viejas tejas del tejado, y cuando María contó la muerte de un perro pastor que él había visto un par de veces, suspiró teatralmente: «¡Mi pobre muchacho...!». Entretanto, servía a su mujer la sidra espumante, le pasaba el pan, exclamaba: «¡Oh, perdón!», en un tono de comedia mundana.

«La verdad es que exagera —pensaba Alice escandalizada—. ¡Todo esto por María! Va a ponerla en guardia. Además, ya lo está. Ella lo huele todo». Como si leyera, los ojos de María iban de Michel charlatán a Alice muda, la cual comía ávidamente y economizaba sus fuerzas. Un pañuelito arrugado, húmedo, colocado junto al plato de Alice, atraía la mirada de María como si fuera una moneda de oro.

—¿La señora quiere el café aquí? La señora está cansada. ¿La señora estaría quizá mejor en la biblioteca?

María utilizaba la tercera persona para hablar a Alice, pero trataba de «usted» a Michel, con una exagerada familiaridad y rusticidad.

—Eso es —aprobó Michel—. Excelente idea. El café en la biblioteca.

—¿Quiere usted aguardiente, señor?

—¿Cómo...? ¿Que si quiero aguardiente? ¡Vaya pregunta, Alice! ¡Me pregunta si quiero aguardiente! Pasa, ya sujeto yo la puerta, *María, sancta María, gratia plena*, ¿es que no te vas a decidir nunca a mandar que arreglen la puerta?

Alice entró en la biblioteca sin despegar los labios. Temblaba de indignación, se hablaba con crudeza: «Es indigno, indigno... Esta comedia con una... criada...

¡Tiene miedo de que se entere de que lleva cuernos! Yo que temía... qué sé yo... Pues bien, puedo tranquilizarme. ¡Oh!, me horroriza... todo me horroriza...». Levantó la cafetera torpemente, y estuvo a punto de echarse a llorar porque el chorro de café mojó el azúcar...

—¡Hija mía, estás temblando! Vamos, si no te voy a matar...

Michel seguía con los ojos la larga mano tan poco segura, y Alice se sometió a la caricia de la voz bondadosa, alzó hacia su marido su rostro agraciado. «El también, ¡qué cansado está...! Esta fatiga es moral. Me duermo de pie, he aquí lo que me sucede...».

Michel movió la cabeza inteligentemente.

—Esta gratitud no te cuadra... ¿Qué imaginabas, pues, que iba a hacer? ¿Romperlo todo, echarte de casa? ¿Amotinar al país?

Alice entornó a medias los ojos, adquirió de nuevo su expresión miope y lejana:

—¡Oh!, eso no...

Michel captó la ambigüedad de la respuesta, adelantó la barbilla y hundió en los bolsillos sus puños crispados:

—Quizás hubiera hecho bien... Pero no hay que suponer que no volveremos a hablar del asunto...

Sopló «Fuuu...» con aire de importancia y, congestionado, se dirigió a largas zancadas hacia la ventana que el sol iba abandonando. Los pájaros seguían a los rayos de luz y las abejas habían desertado del profundo vano. Encima de la mesa escritorio yacía, apagada, la carpeta de tafilete violeta.

«Casi es de noche...». Alice se estremeció de fatiga y se echó a medias en el diván cubriéndose las piernas con la manta a cuadros que pasaba todo el año en Cransac, agujereada por las polillas, quemada por los cigarrillos de la siesta.

«Si le pido un cigarrillo, ¿lo tomará por una bravata, o por una prueba de culpable inconsciencia?». No apartaba la vista de la espalda y los hombros de Michel, que obstruía la puerta ventana. «Hace el toro. Agita las fosas nasales y se hincha todo. Quizás esté furioso. Quizás en el fondo está helado. Con estos semimeridionales nunca se sabe a qué atenerse. ¿Es posible que todo haya sido echado a rodar, y por mi culpa?».

«Hace apenas una hora que ha cambiado todo, y ya no puedo más. Si estuviera segura de que no siente dolor, lo mandaría todo a paseo, colocaría una botella de agua caliente en la cama y me iría a acostar... Pero si siente pena, es inaceptable, es injusto, es imbécil... Michel, mí buen Michel...».

Michel se volvió en el instante justo en que ella le llamaba mentalmente, y por este pequeño milagro la joven estuvo a punto de tenderle los brazos.

—No —dijo Michel, continuando con su amenaza interrumpida—, no hay que suponer que se ha acabado. En realidad, no ha hecho más que empezar.

Alice cerró sus pálidos ojos, apoyó la cabeza en un almohadón de seda desteñida y levantó la mano:

—Escucha, Michel... Ésa..., esa tontería que cometí...

—¡Esa ignominia! —replicó Michel violentamente, sin levantar la voz.

—Bien, esa ignominia, si quieres llamarlo así, esa ignominia que atravesó brevemente mi existencia mientras tú no estabas a mi lado, comenzó y acabó en menos de cuatro semanas... ¿Qué? ¡No, no y no! ¡No me interrumpáis constantemente! —gritó Alice de súbito, abriendo sus ojos, casi azules en la sombra —. ¡Me dejarás decir lo que tengo que decir...!

Dando un salto silencioso, Michel se dirigió a la puerta entreabierta y la cerró con cuidado, sin ruido.

—¿Estás loca? Están almorzando ahí, en la cocina... La verdad, se diría..., se diría... ¡Palabra! ¿Y el cartero, que debe estar subiendo la cuesta?

Tartamudeaba, gritaba en tono bajo, ahogaba su cólera contenida. Tendía un brazo vehemente hacia la puerta ventana, y Alice observó que abría la boca formando un cuadro, como las máscaras de la tragedia antigua.

Pero ella se encogió vigorosamente de hombros y prosiguió:

—¿Y no te olvidas del zagal del vaquero? ¿Y de Chevestre, que seguramente estará acechando por algún sitio? ¿Y la señorita de correos, que quizá se ha puesto su sombrero de los domingos para venir a pedirte que recomiendes su ascenso? ¡Eh!, ¿temes a todos éstos, piensas en ellos?

Se dejó caer en el diván y se tapó los ojos con el brazo doblado. Michel la oyó respirar como si sollozara y se inclinó sobre ella:

—¡Santo Dios!, domínate un poco... Vamos, Alice. ¿Qué es lo que te he dicho? Es que no te das cuenta...

Alice descubrió su rostro enrojecido y seco, e, incorporándose, se lanzó furiosa hacia él:

—¡No sé lo que me has dicho! ¡Me importa un bledo lo que me hayas dicho! Pero lo que sé perfectamente es que sí, porque me he acostado, una vez en mi vida, con otro hombre distinto que tú, has de envenenar en lo sucesivo la existencia de los dos, prefiero irme ahora mismo. ¡Oh!

¡Oh! ¡Oh...! ¡Oh, basta, basta...!

Golpeó con el puño el almohadón de polvorienta seda, y su aguda voz enronqueció:

—¡Soy desgraciada, Michel; compréndelo; tú no me has acostumbrado a ser desgraciada!

Michel, inmóvil e inclinado, esperaba que ella se callara, pero no parecía oírla.

—¿Una vez, has dicho? ¿Qué te has acostado una vez...? ¿Una sola vez?

Impulsada por la ansiedad que envejecía a Michel, también impulsada por la pueril esperanza que nacía, como una sonrisa disimulada, en los ojos que amaba, Alice estuvo a punto de mentir, pero recordó a tiempo que había hablado de tres semanas... «Él también se acordaba... Le conozco...». Se sentó, obligando a Michel a enderezarse, y se secó la frente, con lo que alborotó su negro flequillo.

—No, Michel. No es cuestión de un azar, de una sorpresa. No poseo unos sentidos tan caprichosos... ni tan exigentes.

Michel hizo una mueca y con la mano le suplicó que guardara silencio. Se apartó tristemente de Alice febril, afeada y con los cabellos desordenados, porque sin duda se parecía a aquella Alice que otro hombre había vencido. Ella le vio encorvado, despojado de sus falsas cóleras y de sus seductores atractivos, y rápidamente imaginó un medio de curarle.

—Escucha —propuso bajando la voz—, escucha... ¿Qué es lo que quieres? Quieres, naturalmente, la verdad. Quieres, estúpidamente, la verdad. Si no te lo cuento todo, como suele decirse, nos atormentarás, mucho peor nos fastidiarás sin descanso con ese asunto...

—¡Mide tus palabras, Alice!

Ella se puso en pie, estiró su espalda y miró a su marido:

—¿Y por quién? Esto forma parte del principio de la verdad. Así, pues, ¿nos amargarás la vida hasta que obtengas lo que deseas? ¡Oh, no será largo! Lo tendrás. No mucho más tarde que esta noche, cuando nos dejen solos, cuando ya no oiga a nadie en la casa...

Terminó lanzando una mirada hacia la puerta, y se dirigió al dormitorio.

—¿A dónde vas? —preguntó Michel, siguiendo la costumbre de siempre.

Alice se volvió, mostró sus facciones descompuestas, sus largos y descoloridos ojos, su pequeña nariz aplastada, que brillaba, y su boca pálida.

—Supongo que no creerás que voy a mostrarles esta cara.

—No. Quería decir ¿qué harás después?

Alice señaló con la barbilla la ventana, el cielo puro, el valle visible entre las estrechas hojas y los afilados retoños...

—Quería ir por allá... Traer margaritas amarillas... Ver si hay muguete en el Bois Froid... Pero ahora...

Sus párpados se hincharon y Michel apartó la vista; su mujer poseía una forma tan juvenil de derramar las lágrimas que le trastornaba por completo...

—No querrás..., no te gustaría que te acompañase, ¿verdad?

Alice le puso las manos en los hombros con un ademán tan vivo que hizo saltar dos gruesas lágrimas sobre su corpiño azul.

—¡Michel! ¡Claro que sí! ¡Ven, Michou! Anda, ven. Haremos lo que podamos. Cruzaremos el río e iremos hasta Saint-Meix a buscar huevos.

¿Me esperas?

Michel contestó con un ademán, avergonzado de su mansedumbre, y se derrumbó en una butaca para esperarla. Cuando ella regresó, empolvada, un poco de sombra en sus enrojecidos párpados, su mata de cabellos estirada encima de la frente como una venda de seda, Michel dormía, vencido por un sueño brutal y clemente, y ni siquiera la oyó entrar.

Dormía con el cuello torcido, la barbilla aplastando la corbata, con expresión

contrahecha y resignada. Sus manos vacías, las palmas al aire, se estremecían débilmente. A pesar de la nariz corta, de la barbilla romana, que daban firmeza a su rostro, parecía un niño envejecido bajo sus cabellos con pinceladas de blanco, aunque vigorosos, que se rizaban cuando no les daba fijador.

Alice, inclinada sobre él, contenía el aliento y temía los crujidos del viejo entarimado que se curvaba bajo el peso de las pisadas. No se atrevía ni a despertarle ni favorecer el sueño. «Ayer hubiera echado encima de sus rodillas la vieja manta... O hubiese gritado: “¡Michel, hace un tiempo magnífico, ven fuera...! ¡Michel, estás engordando!”. Pero hoy...». Intentó encontrar un poco de ligereza y se confesó: «No sé bien lo que suele hacerse en mi caso...».

Se volvió con una vaga repugnancia hacia el rostro cerrado que su postura deformaba, suspiró y murmuró para sí, como si esta confesión fuera una conclusión y una explicación suprema: «En el fondo, nunca me ha gustado esa barbita a la española».

Se aproximó a la puerta ventana con paso ligero.

Se aburría y no guardaba rencor a Michel por aquella tregua involuntaria que suspendía su angustia y le concedía tiempo de reflexionar.

«¿Reflexionar sobre qué? No se reflexiona antes de cometer una tontería; lo peor es que se reflexiona después de cometerlas».

Creyó sentir correr por su espalda, en el surco de su espalda, una gota de agua tibia, y se volvió estremeciéndose violentamente: despierto, inmóvil, Michel la contemplaba. Se parecía tan poco al pobre hombre dormido de antes, que Alice tuvo miedo y se encaró con él.

—¿Qué hay? —dijo con voz sorda—. ¿Por qué me miras así?

Al sonido de la voz de su esposa, Michel volvió a adquirir vida e inquietud y se levantó contra su deseo.

—Dormía —dijo, pasándose las manos por la cara—. Imagínate, me había olvidado...

Aquel tono de disculpa desagradó a Alice, que le cortó la palabra:

—Yo no. Esperaba. Teníamos que salir.

—Sí... ¿Salir...?

—Ya lo sabes, a Saint-Meix.

Michel se irguió, amenazó con la vista a invisibles vigilantes, más allá de las jeringuillas y las lilas purpúreas:

—¿Saint-Meix...? Perfectamente. Ahora vuelvo.

Dos horas más tarde remontaron, fatigados, la pendiente que coronaba Cransac. El paseo les había quitado todo deseo de cambiar la más mínima palabra, y comprendían que lo mejor de sus fuerzas quedaba allá abajo, en la aldea, y un poco más lejos, en el caserío llamado Saint-Meix. Alice recordaba que a la altura del puentecillo que unía la alameda de Cransac con el camino vecinal, Michel la había cogido del brazo para ofrecer a la curiosidad de la aldea una pareja unida. Pero ¿no

disponían acaso los habitantes de Cransac cuando se trataba del «castillo», de un olfato feroz y de una vista de aves rapaces?

«Han observado que no me he cambiado los zapatos llenos de barro seco — pensaba Michel—, y la boticaria le había ofrecido a Alice agua de aciano para bañarse los párpados. Son terribles...». Alice recordaba, con un estremecimiento de rebeldía, que, en casa de Espagnat, Michel la había cogido por la cintura y apretado el brazo...

Luego siguieron el camino radiante de Saint-Meix, abrazado a los recovecos del río alto, ribeteado de verónicas azules y primaveras, iluminado por espinos blancos que cambiaban, de uno a otro oquedal, martines pescadores y pardillos rosados. Más allá del río, una tierra rojiza y feraz mostraba los primeros viñedos de la región, pero el vino sólo adquiriría sabor más arriba, en los collados pedregosos. Las viñas de Cransac, podadas a ras, los cuidados surcos que daban asilo, entre las cepas, a las cebollas y las tupidas habas, inspiraban cada año a Michel ideas vulgares de abundancia y amplios ademanes que abarcaban el horizonte.

«Este año no dice nada», se dijo Alice con una malignidad que se reprobó al instante.

—¡Fíjate, ya hay hojas en las viñas! —exclamó para excitar el entusiasmo anual de su marido.

Pero Michel se limitó a soltar el brazo de Alice y a componer su rostro, en el que la dignidad del marido ofendido se teñía de mansedumbre previsor. «Farsante, farsante como todos los hombres», murmuraba Alice mientras ascendía, con el cuerpo inclinado hacia delante, la colina en cuya cumbre Cransac, casa solariega maciza y achaparrada, con sus techos de tejas, y anchas y bajas torres, parecía, según la irreverente Alice, un hombre gordo que se ha encasquetado demasiado el sombrero.

Ambos, jadeantes, se detuvieron al mismo tiempo. Alice, por lo general, mostraba más resistencia, también más abandono que su marido, y subía plácidamente en cuanto la pendiente se hacía empinada, en tanto que él, por vanidad, trepaba como si fuera al asalto, ligero y casi corriendo, pero pálido y con el corazón agitado, por el simple placer de lanzar a Alice un victorioso y tradicional «¿eh?», cuando ella le daba alcance. Hoy, la misma preocupación les agotaba por un igual, y bajo los cimientos de Cransac, rocas violetas y resquebrajadas de las que brotaba en raras lágrimas el agua subterránea, recobraron aliento e hicieron un esfuerzo uno hacia el otro.

—¿No estás demasiado cansada? —preguntó Michel.

Alice contestó con un ademán cogiendo en las fallas de la roca cayados de helechos nuevos, apenas desarrollados, pervincas de sombra, malvas como una leche descremada y las florecillas rosadas, malolientes y gráciles de la herbe-a-Robert^[4].

—A esta hora es muy bonito —dijo Alice señalando Cransac, que se alzaba sobre ellos:

—Sí —repuso Michel sin entusiasmo.

Echaron a andar al mismo paso. «¿Qué me espera allá arriba?», pensaba Alice, andando detrás de Michel, que iba destocado. Sufrían por no haberse tomado ningún descanso ni tenido ningún cuidado de sí mismos desde la mañana, y por sentirse sudorosos dentro de sus ropas de lana.

En lo alto de la pendiente, en la sombra alargada de las lilas, Alice reanudó, ya delante de la casa, su paso rápido, que fue detenido en el umbral por un: «¿A dónde vas tan deprisa?» que quebró su impulso. Se volvió apenas, la barbilla sobre el hombro.

—A beber. ¡Oh, beber! Me moría de sed en esa aldea que parece una jofaina.

—Podías haber bebido abajo.

—Limonada con moscas, o sidra áspera, no, muchas gracias. ¿Ordeno que te lleven agua, o sidra, a la terraza? Es todo lo que tengo, aparte de vino caliente, *cassis*^[5] y una botella de oporto. Mañana...

Calló bruscamente, contempló delante de sí una meta visible, pero Michel hizo caso omiso de la interrupción.

—Entonces, si quieres sidra... ¿Vendrás a la terraza?

—Sí..., no... No en seguida. Este vestido se me pega a la espalda, la lana me raspa la nuca, no puedo soportarlo...

Terminó su frase con un ademán de intolerancia y desapareció bajo la puerta abovedada. Mientras pudo seguirla con la mirada, Michel la disputó ávidamente a las sombras del corredor abovedado que conducía a la cocina, luego se sentó, la espalda contra la pared, en el banco de piedra, y allí asistió a la llegada de la noche sin brisa, verde y dulce como un crepúsculo provenzal: «Cómo se nota que estamos cerca del Midi...».

Un ruiseñor, el más cercano de todos los que, día y noche, se consumían en melodías en torno a sus nidos atestados, cubrió las demás voces, y Michel se dedicó a seguir el dibujo del arabesco cantado, a acechar la reaparición de las largas notas idénticas, que se sucedían una tras otra. Notó los «tz, tz, tz», que comparó con el deslizarse de las anillas por una varilla de cobre, los coti-cotí, repetidos hasta veinte veces sin hacer alto ni respirar. No le procuraba ningún placer, pero al medir su aliento con la duración de un canto inagotable, le producía una especie de sofoco que le impedía pensar, y no experimentaba nada más que su necesidad de beber.

—La sidra —anunció María—. ¿La señora también tomará?

La criada arrastró, hasta el bello banco de piedra de patas talladas, un velador de hierro.

—No lo sé —repuso Michel—. La señora se está cambiando. ¡Ten cuidado, bribona, que dejas escapar toda la sidra!

—Pues es verdad —dijo María asintiendo—, ¡es muy típico de mí!

Servía con mano segura, toda hueso y tendones, la sidra oscura, cuya espuma se teñía de amarillo, y sus ojos pequeños y brillantes buscaban los de su amo con una especie de coquetería sin edad, pero tan penetrantes que Michel se estremeció:

«¿Cómo conseguiremos ocultar algo a María?». Se sentía tan débil, tan mal defendido, que acogió con un alegre alivio el retorno de Alice, que volvía llena de viveza, inquieta, empolvada con mano distraída, demasiado blanca la nariz, la boca excesivamente roja. Pero sus ojos, siempre más confiados ante la proximidad de la noche, que los azuleaba, se abrían alertas y pálidos, bajo el negro flequillo.

—He puesto en tu cama el batín grueso, Michel —dijo de lejos—. Aquí, por las noches... Ya ves, yo me he puesto el muletón grueso... ¿Quiere algo, María?

María, sensible a la interrogación indirecta, recorrió de arriba abajo el largo chaquetón de muletón blanco, el pantalón de seda rojo, apretado en los tobillos, y ante su mirada Alice pasó, con la mayor tranquilidad, el brazo por encima de los hombros de Michel.

—No quiero nada —repuso María—; estoy contenta así.

—Contenta de haber destapado mal la sidra —refunfuño Michel—. Se contenta con muy poco. ¿Qué paceremos esta noche, Mariuchka?

—Pues *garbure*^[6].

—¿Y después?

—Un plato de crema. Quería hacer *daube*^[7] pero la señora dijo...

—La señora ha tenido razón —exclamó Michel interrumpiéndola—. Lárgate. ¡Y sírvenos a la hora, o de lo contrario te desheredo!

Cuando se quedaron solos, Alice trató de retirar suavemente su brazo. Mas una cabeza vehemente cayó sobre su codo doblado, le retuvo entre un hombro y una mejilla agitada por jadeos y suspiros; un cálido rostro husmeó en su muñeca el perfume familiar. Pero Alice se libró sin miramientos.

—¡Cállate! —le ordenó—. ¿No te da vergüenza? Vamos, ten un poco de paciencia. Diremos a María que deseamos acostarnos temprano...

No se atrevió a dejar entrever que lo desmesurado del abandono viril, los estremecidos sollozos y los balbuceos le hacían sentirse fría y escandalizada. Michel dominó su movimiento de desesperación y se puso en pie.

—Vuelvo en seguida. ¿Está bastante caliente el agua?

Sus vivos ojos, dorados por la noche y las lágrimas reprimidas, envidiaban el rostro lavado y empolvado de Alice, su atavío rojo y blanco.

—Caliente..., para «ellos» —respondió Alice, encogiéndose de hombros—. ¿Qué saben «ellos» de lo que es frío o caliente?

Al quedarse sola, Alice escuchó a su vez el canto del j cercano ruiñeñor, sobre un constante acorde de ruiñeñores lejanos. Aquél se prodigaba con una voz amplia de perfecto virtuoso, una magnificencia y un rebuscamiento que alejaban la emoción. Pero durante sus silencios, resucitaba el coro suavizado de los cantores lejanos, independientes y armónicos, que junto a sus hembras que empollaban despreciaban el descanso.

Alice saboreaba mal el crepúsculo verde, enrojecido en el poniente, sobre el río invisible. Pero su soledad, su propio silencio y el frío primaveral, anunciador de la

noche, le devolvían las energías, y una especie de importancia que se parecía vagamente a la espera del placer.

Como Michel se retrasaba, caminó arriba y abajo del terraplén no limitado por ninguna balaustrada, luchando contra el frío, contra el deseo de ser cobarde y contra todos los cómplices, sin nombre ni forma, del temor nervioso.

Sólo podía pensar en su culpa como en una estupidez, inexcusable y sin importancia. Más que sentirse mortificada por la sorpresa, por su poca habilidad de mentir, pretendía conjurar sus efectos: «Hay que arreglarlo, hay que componer eso... ¡Jamás se ha visto nada igual en nuestro matrimonio! Ya él no se le ocurre otra que tomárselo por lo trágico. Él, a quien la tragedia tan mal...». Alice se alejaba, con rapidez estratégica, de la desastrosa hora matinal, que ella llamaba «hora del reflejo púrpura», y corría a cumplir su función predestinada a sus atribuciones de reparadora sin grandes escrúpulos: ocultar, borrar, olvidar...

Un tren silbó, jadeó más tarde lentamente por el valle, y se detuvo en la pequeña estación lejana. Cuando reanudó su marcha, dejó durante largo rato, en el aire inmóvil, unos globos de vapor blanco.

«Las siete y cuarto —constató Alice—. Si yo hubiese tomado ese tren, alcanzaría el expreso en Laures-Lézières, y a las dos estaría en mi casa, en París... ¡Qué idiotez, que cosas se me ocurren! Una mala velada pasa como las demás. ¡No vamos a estar hablando siempre de la historia de Ambrogio! Es preciso que mañana se haya concluido, o bien...».

Michel la llamaba, y ella frunció las cejas al encontrarle ataviado con una bata de vicuña, muy ceñida, y una expresión singularmente avispada. «Malo», se dijo. Dobló ligeramente el cuello, adoptó un talante amable y dio prisa alegremente a María para que sirviera la *garbure*.

En la mesa, Alice siguió el juego de Michel tan bien como él. Bajo la lámpara del mortecino resplandor, sus cabellos, que había alisado y humedecido, retenían un reflejo de maravillosa nitidez, que variaba siguiendo los movimientos de su redonda cabeza. Cuando alzaba la vista hacia la vieja lámpara con su desteñido volante, las pupilas translúcidas de Alice se tornaban de un azul lechoso, rebosantes de esa fijeza audaz que tienen las miradas de los ciegos. Michel dejaba entonces de comer, colocaba la cuchara en el borde del plato de crema, y esperaba a que Alice se hubiera suavizado; en su interior empleaba la palabra «humanizado».

«Alice espera. Es valiente; pero no perderá nada con esperar». Y es que la noche, el retorno de la hora que la víspera les viera dichosos por los sentidos, orgullosos de recibir y dar, le concedía, al fin, la ferocidad que durante todo el día le había desertado, y una tal curiosidad que perdía la delicadeza del paladar, el placer de beber. Michel contemplaba cómo Alice se servía crema por segunda vez, y le oía decir:

—María se ha superado. Mis felicitaciones, María.

Delante de ella, los imperiosos ojuelos de María contemplaban la nuca de Michel.

—Pues parece ser que mi crema no es tan buena como todo eso, dado que el señor no me dice nada.

—¿Yo? —exclamó Michel sobresaltándose—. ¡No puedo hacerlo todo a la vez, comer y trenzarte coronas! ¿Quieres que te lo diga, vieja cabra?

Tu garbure ha perjudicado a la crema. Alice, ¿verdad que esta *garbure* es terciopelo con pimienta?

Como daba la espalda a María, se permitió, mientras reía fuerte, fijar en su mujer una mirada insultante. Alice no parpadeó, dobló la servilleta, se levantó, proponiendo, con el más suave tono de impertinencia:

—¿Café?

La sorpresa de Michel la recompensó.

—¿Café? ¡Cómo! ¿De noche?

—¿No tenías que ponerte a trabajar después de la cena? ¿No? ¿Tila, pues?

—Tila, si prefieres.

—Claro que quiero. María, por favor, tila para mí también.

Una fresca brisa había invadido, mientras cenaban, el salón biblioteca. Las primeras mariposas nocturnas surgían de la noche serena, caían prisioneras en las zonas mortales, alrededor de las dos lámparas. Alice enderezó la pantalla de tela plisada que cubría un jarrón de cerámica elevado al grado de lámpara artística. Michel escrutaba la penumbra, medía con la vista las dos toscas estanterías, cuyas cornisas tocaban el techo.

—¿Cómo puede ser que Escagnat no haya puesto un enchufe en ese lado? Resulta siniestro. ¿No le dijiste que pusiera uno?

—Se lo puedo encargar mañana.

—¡Oh, mañana...! —repuso Michel, suavemente.

Alice se volvió con tanta rapidez, que estuvo a punto de tirar la lámpara.

—¿Por qué «¡Oh, mañana!»? Es cierto, mañana se detiene la vida, ¿verdad? La tierra... ¿dará vueltas al revés? ¿La casa se derrumba, nos divorciamos, ya no nos conocemos, tú me llamas de usted y yo a ti, señor? ¿Eso quiere decir tu «¡Oh, mañana!»», eh? ¡Vamos, dilo, dilo!

Michel parpadeaba, se dominaba para no retroceder ante la volubilidad, ante la terrible manera de atacar, de invertir los papeles, de adelantarse a todo cuanto él tenía proyectado, a todo cuanto no había tenido tiempo de proyectar. Alice se detuvo espontáneamente, el oído atento.

—Esta noche se ha dado prisa en traer la tila —murmuró—. Por lo general, necesita una hora larga...

Fue al encuentro de María, abrió y sujetó la rebelde hoja de la puerta. María se apresuró a salir, se volvió en el umbral y mostró una fingida timidez:

—Señora... Es por la compra, mañana por la mañana... ¿La señora sigue pensando lo mismo?

Alice largó hacia ella el humo de su cigarrillo.

—Naturalmente. ¿Lo ha olvidado usted? Pichones en compota y tortilla de jamón para empezar. ¿Hay algo del menú que no esté bien?

—No, no, señora... Lo decía... Buenas noches, señor, señora...

Salió exagerando su prisa, su turbación, y Alice señaló, con el puño tendido, la puerta cerrada:

—¿Has visto? ¡La has oído! ¡Y ese modo de mirar en torno suyo, de buscar el cuerpo del delito! ¡Huele todo lo que se le quiere ocultar! Ya ves para lo que sirves.

—¿Cómo? Es que yo... ¡Vamos! ¿Has oído lo que acabas de decir? Me reiría, palabra, me reiría, si fuera capaz de perder como tú el sentimiento de toda...

Se dominó y tomó asiento.

—Eres muy astuta, Alice. Lo sé bien. No te ocupes de María. Si te dejara, nos anegarías en cotilleos de criadas. Pero no es eso lo que yo quiero. Esta noche, tú me debes otra cosa.

Alice clavó en los ojos de su marido una mirada colérica y pálida, que él no consiguió debilitar.

—No te debo nada. Por lo menos, nada parecido. Además es preciso que estés desprovisto de imaginación, como les ocurre a casi todos los hombres, para que aún se te ocurra pedirme algo.

Michel volvió a sentir temor de la crudeza femenina, se detuvo y cogió el asa de la tetera.

—Ha vuelto a romper la tapa —dijo Alice—. Dame eso. Ya sabes que sale muy mal por la boca.

Michel le permitió llenar su taza, echar dos terrones de azúcar. Ninguno de sus ademanes había perdido aún el hábito de la ayuda recíproca, de las tiernas atenciones. Pero Michel sufría ya, herido, porque Alice, culpable e insultante, se comportara, en plena indignidad, como lo hubiera hecho Alice inocente. Ya era excesivo que aquella noche estuviera bonita, apenas marcada por el día que acababa, y presta a hacer frente a todos los conflictos. Sin embargo, se derrumbó, envejeciendo en un instante, y se encorvó por completo cuando un tren se lanzó fuera de las colinas, cortó el río, silbó y se apagó... De pie, el cigarrillo entre los dedos, Alice escuchó con desmayada atención.

—Querrías estar muy lejos de aquí, ¿eh? —preguntó Michel.

Alice alzó hacia él su cabeza de golondrina, confesando su poco entusiasmo por hablar y mentir. Se había comido un poco el carmín de su ancho labio inferior, y sus ojos suplicaban vagamente en el vacío, apartados de Michel.

—Sí... —dijo—. Sí y no. Me parece que, a pesar de todo, prefiero estar aquí... ¿A dónde iría?

—¡Ahora! —exclamó él en tono contenido—. ¡A buena hora! Tenías que haber pensado en ello antes de darte el gustazo de acostarte con ese..., con ese bellaco. Pero a ti, santo Dios, cuando te da...

Alice se encogió de hombros.

—¡Imbécil! ¡Oh, sí, imbécil! Cualquiera creería que no me conoces. ¡Acostarme! Has soltado tu gran palabra, tu gran temor. ¡Es muy mío, ¿eh?, eso de ofrecerme a un hombre entre dos puertas!

—Tal vez, entre dos puertas no, pero sí entre dos trenes. Mientras yo me deslomaba allá abajo...

—Michel —exclamó Alice en tono condescendiente—, confiesa que has conocido empresas más «deslomadoras», y más afortunadas también, que dirigir durante dos meses, por cuenta de los hermanos Schmil, un mísero localito de tres al cuarto. Te lo anuncié: «Michel, es perder el tiempo... Es un invierno desastroso... Los hermanos Schmil no son tíos de suerte como Moyses...». Las mujeres huelen dónde está la suerte mejor que los hombres.

Michel, desconcertado, escuchaba.

Se abrió el batín con ademán de impaciencia; Alice reconoció el pijama que llevara la noche anterior, uno de los pijamas de color de habano claro que solía comprar para que hicieran juego con el matiz de sus ojos. Vio también los pequeños dientes que su marido cuidaba con honorable coquetería, y las manos de las que tan orgulloso se sentía. Dilató su nariz ante un perfume del que ella acostumbraba decir que también era «moreno claro» y cedió a un impulso reivindicatorio: «Este hombre es mío, es mi bien. ¿Es que voy a perderlo todo estúpidamente, por su culpa y la mía...?».

—¡Vamos! —dijo bruscamente.

Se acercó a la ventana para tirar, con uno de esos movimientos que los hombres llaman masculinos, su cigarrillo consumido, encendió otro y se sentó cómodamente en la butaca que flanqueaba la mesa escritorio. Vigilaba sus propios gestos y su libertad, al extremo de elegir el sillón de mimbre, el apoyo de la mesa, la luz de la lámpara reflejada en su rostro, y abandonar a Michel, con fingida generosidad, el diván y la penumbra.

La luna creciente cubría de un azul claro polvoriento la larga ventana sin cortinas, y la luz de la lámpara llenaba, sonrosada, hasta las estrellas más cercanas de las jeringuillas.

—¿Otra taza de tila, Michel?

—No. Escucha, ¿quieres no jorobarme más con tu solicitud? ¡Basta ya!

Ante el acento neto y demasiado suave que llegaba de la penumbra, Alice opinó que no podían diferirse más las cosas.

—¿No recuerdas que tuve la gripe, mientras tú estabas en Saint-Raphael?

—Sí, perfectamente. Si no hubieras tenido la gripe, me habrías acompañado.

—Eso es. No quise fastidiarte con mi gripe, ni siquiera por carta.

—En efecto. Además, como ahora me he enterado, tenías cosas que hacer.

Alice barrió con mano impetuosa la ceniza del cigarrillo que acababa de caer encima de la mesa.

—¡Eso sí que no, Michel! Deja para otro momento tus «cruelles alusiones» y

demás rasgos de ingenio. En este momento, o hablo, o no hablo.

No jorobes tú también con tu ironía, ¿quieres?

Protegido por la penumbra, Michel recibía la mirada miope y azul, parapetada tras de las pestañas, cargada de un valor insolente y apasionado. «Jamás se ha parecido tanto a una anamita de tez sonrosada».

—Bien —dijo lacónicamente—. Te escucho.

Alice pareció confusa en el primer momento al ver que él asentía y se embrolló en las primeras palabras.

—Sí... También recordarás que no estaba muy animada... Cuando llevamos en nuestra gira *Les Dames de ces Messieurs* me pusiste (me puse) a hacer un poco de todo mientras tú montabas la desastrosa temporada de Saint-Raphael... Así, no es de extrañar que la gripe...

Michel la escuchaba mal, en medio de la penumbra. Un capricho de su fatiga, la novedad de un dolor errante que aún no sabía dónde posarse, conducían a Michel, en tanto que ella hablaba, hacia la juventud de Alice y la suya, hasta una época en que Alice pertenecía al azar y a una familia abrumada de muchachas que no querían ser una carga y luchaban rabiosamente por la vida. Una de las tres hermanas de Alice tocaba el violín por las noches en un cine; otra, maniquí en casa de Lelong, se alimentaba de café. Alice dibujaba, cortaba vestidos, vendía algunas ideas sobre decoración y mobiliario. «*Les Quat'z'arts*», así las llamaban, formaban un mediocre cuarteto de piano y cuerda, y tocaban en una gran cervecería que quebró. La taquilla de un teatro enmarcaba, hasta medio cuerpo, la belleza de la mayor, Hermine, cuando Michel se convirtió en el director de verano del teatro de *L'Etoile*. Pero sólo se enamoró de la menos bonita de las cuatro despiertas e ingeniosas muchachas, que sabían ser pobres con elegancia, desprovistas de humildad. «Si me hubiera enamorado de Colombe o de Bizoute, ¿me habría sucedido lo mismo?». Al sonido de la voz apagada de Alice, Michel soñaba, extrañamente fuera de sí, seguro de que sería trasladado al presente en cuanto ella abordara lo peor. «¡Ah! —Suspiró en su interior—. Pasemos al diluvio...».

—... Te acordarás también que le dijiste a Ambrogio que no hiciera nada sin consultarme, y que no pasara ni siquiera una línea de publicidad sin haber hablado antes conmigo, y sin que yo te hubiera telefoneado a medianoche...

«¡Ambrogio! —pensó Michel sobresaltado—. ¡Al fin Ambrogio! ¿Cómo he pensado tan poco en él desde esta tu mañana? Ambrogio...».

No deseaba interrumpir a Alice, pero a pesar suyo la interrumpió:

—Hablar contigo, hablar contigo... Y el teléfono, ¿qué? Alice se esforzaba en hablar de forma tranquila, precisa ora bajando la vista hacia la colilla que aplastaba, ora buscando más allá de la lámpara el rostro de Michel.

—Precisamente —dijo al azar—. El teléfono. Fue un día en que Ambrogio casi no reconoció mi voz por teléfono, aquella misma mañana me habían cauterizado la garganta, y se sintió inquieto, y por la tarde...

Improvisaba sin esfuerzo, arrastrada por el ritmo tranquilizador de la mentira banal. «No es la pura verdad —reconoció en su interior—, pero es lo más aproximado a ella».

—... Y al verme en el estado en que me encontraba dijo «¿Cómo no ha escrito a Arbezat diciéndole que tenía usted 38,8? ¡No se ocupe más de nada! No vale la pena de que se moleste por los cuatro ochavos que hay aquí. Yo me encargaré de todo, y le daré cuenta diariamente de los ingresos de *L'Etoile* y de los ensayos de *Scarabée d'Or...*». ¿Qué?

—No he dicho nada —dijo Michel.

—¡Ah! Creía... ¿Te das cuenta de la situación?

—Perfectamente —repuso Michel—. Tu convalecencia. Tu habitación donde siempre hace demasiado calor. Las sábanas color de rosa. Tu debilidad, tu airecillo adormilado de indochina que ha fumado demasiado. Ese nizado que te traía flores y te hablaba de números con música de *Mon baiser qui mord*.

Tosió convulsivamente y tuvo que levantarse para beber tila tibia, volviendo luego al diván. Alice percibió un semblante confuso, vacilante, y en el blanco de los ojos, unas fibrillas rojas.

—Prosigue, te escucho.

Alice también se entretuvo en beber, reflexionando rápida y claramente. En la campiña silenciosa, el ruiseñor de potente voz reanudaba su noche de trinos, de anchas notas de flauta, de variaciones de infinito aliento, de sonidos aislados que imitaban la perla caída del sapo enamorado. «También él escucha —pensó Alice—. Recuerda la noche pasada. Cuidado».

Volvió a hacer acopio de valor, como un nadador fatigado y previsor.

—¡Pues bien! —Exclamó Alice—. No es eso. En absoluto. Yo misma hubiera imaginado perfectamente... lo que tú te imaginas... Pero sin embargo, ese muchacho...

Cortó su frase, para asegurarse de que Michel toleraba que llamara de este modo a Ambrogio:

—... Ese muchacho, al conocerle mejor, se me apareció muy distinto de cómo lo imaginaba. Sí, como lo oyes. Más... más fino, interesado por cosas de una manera que a uno no se le hubiera ocurrido, más... en contacto con un montón de cosas que en otra época me apasionaron.

Músico... Así es que sostuvimos largas conversaciones... ¿Cómo?

—No he dicho nada —contestó Michel—. Simplemente me río.

Alice contempló con mirada triste el rostro que ya casi no veía.

—Por favor, Michel... Yo hago todo lo que puedo, intento incluso ser sincera, ser sencilla; no me hagas imposible lo que tú me has pedido, lo que intento hacer... Tú ya has estado enfermo y sabes lo que es la convalecencia, esa especie de... irresolución, esos vértigos por cualquier cosa, esa necesidad de confianza y de ayuda...

Ella vio en la sombra que su marido levantaba su fina mano, y entonces interrumpió repentinamente su relación.

—Prefiero —dijo Michel elevando la voz—, sí, decididamente prefiero que no me hables de tu convalecencia. Pásala por alto. Cuenta el resto.

Sólo el resto.

—¡Pero si no hay resto! —exclamó—. Me obligarás a decir, como último detalle, que un abandono es el final de una conversación muy larga, el resultado de esa especie de exaltación que procura la fiebre, de la noche avanzada... la prueba, superflua, ¡oh!, eso sí, y hasta aciaga, de una confianza, de una amistad que acaba de entregarse, que sentiría escrúpulos si no se prodigase más...

Hacía enormes esfuerzos, que enrojecían sus pómulos y sus ojos. Se levantó para dar unos pasos, dejó caer violentamente sus manos a lo largo de sus muslos, quejándose en voz alta:

—Es vergonzoso lo que me pides... Es vergonzoso... y no sirve de nada, no soluciona nada... Al contrario... Si crees que, en lo más profundo de mí, podré perdonarte eso... Supongo que debes sentirte satisfecho...

Abrió de par en par la puerta ventana y aspiró una bocanada de noche primaveral, tan completa, tan fastuosamente repleta de perfumes inmóviles, de humedad impalpable, de cantos y de luna, que unas lágrimas de irritación asomaron a sus ojos: «Es demasiado estúpido... ¡Una noche como ésta! Estropear una noche como ésta, nosotros que todavía somos capaces de permanecer sentados en un banco, bien y abrigados, y viendo cómo parpadean las estrellas y se oculta la luna...».

De súbito, vio en su justo valor el otoño del amor, las horas apacibles durante las cuales un lazo amoroso descansa, profundamente sumergido, y se volvió para correr en auxilio de todo cuanto corría peligro de perecer. Al mismo tiempo, se apercibió del silencio de Michel, que continuaba semitumbado, apoyado en un codo.

—¡Michel!

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Alice perdió el valor, se sentó.

—¿Puedo saber en lo que estás pensando? Me has obligado a hablar. ¿Podemos esperar paz, una existencia posible?

—¡Oh! —exclamó Michel en tono despectivo—. No me has dicho gran cosa... fuera de lo peor.

—¿De lo peor?

Michel se levantó de un salto, mostrando, al entrar en la zona iluminada, sus rasgos cambiados y empequeñecidos.

—Lo peor. Ni siquiera comprendes que lo peor es, justamente, esa... esa amistad que otorgaste a ese tipo, esas horas en que hablabais, antes de acostaros juntos. Hasta has pronunciado la palabra «confianza». Has dicho que a ese tipo le gustaban las

mismas cosas que a ti...

—¡Perdón! No confundas... No me habré expresado bien...

—¡Silencio! —dijo Michel a voz en grito, golpeando con los dos puños el escritorio, muy cerca de Alice.

El grito y el ademán parecieron aliviarle. Alice disimuló apenas su aprobación. «Ya es hora de que él lance un grito verdadero... En este tono podremos entendernos...». Retrocedió lentamente, como si tuviera miedo, y alzó los brazos cruzados ante su rostro.

Pero Michel se apartaba ya, tornaba a la moderación.

—¡Oh!, querida... Nunca comprenderás lo que es un hombre que ama, ni la idea que un hombre se forma de la traición... Nunca comprenderás que un hombre perdona, casi llega a olvidar una historia de alcoba, una sorpresa de los sentidos...

—Por la cuenta que le trae —exclamó Alice secamente.

Michel la miró de frente, seguro de sus derechos de hombre de deseos breves.

—Perfectamente, por la cuenta que le trae.

Dio unos pasos, las manos en los bolsillos de su abierta bata, balanceando los hombros de acuerdo con el código de los hombres de criterio amplio.

—Una sorpresa... Una borrachera... Una cochina insolación... ¡Caramba, ya sabemos nosotros lo que es eso! El que tenga valor, que tire la primera piedra, el que...

Alice le miraba, le escuchaba, muda, de nuevo feroz. «Lo más divertido de todo es que cree saber lo que es un deseo de mujer...». Alice se permitió una risita silenciosa mientras su marido se hundía en la oscuridad, entre los dos estantes de libros.

Michel volvió luego junto a ella, la cogió por los brazos, encima de los codos:

—Si me hubieras confesado: «Una tarde, al anochecer, perdí un poco la cabeza, no sé qué había en la atmósfera...». Hubiera sido el primero en comprender, en perdonar, mi pobre niña...

Alice se libertó violentamente.

—¡Si me vuelves a llamar otra vez pobre niña, te tiro la tetera a la cabeza! —gritó—. ¡No, no me preguntes por qué, o cometeré una barbaridad!

Se sintió en extremo cansada, incapaz de empezar de nuevo y sostener una lucha...

—Me voy a acostar —dijo con voz apagada—. Acostarme, acostarme... No puedes ofrecerme nada que compita con esto. Me voy a la cama.

Buenas noches.

Se fue, arrastrando por el suelo con una mano, como si fuera una red vacía, su chal rojo.

Cuando Michel se decidió a entrar en el dormitorio Alice parecía dormir, vuelta hacia la pared. Michel distinguió tan sólo, entre la mata de negros cabellos y la sábana subida hasta la boca, la suave línea curva de las pestañas bajadas y la singular

nariz que respiraba sin hacer el menor ruido. Cuando Alice cerraba sus ojos, de un verde gris occidental, su rostro pertenecía por completo a Extremo Oriente.

Ante el temblor nervioso que se apoderó de él al entrar su cuerpo en contacto con las frías sábanas, Michel midió lo largo de la hora que acababa de pasar solo sobre el diván cruzado por un rayo de luna. Había pensado quedarse a dormir en la biblioteca, pese a los ratones, pese al insecto con uñas que golpeaba los cristales. Acostado, decidió sufrir inmóvil. Pero su dolor carecía aún de ritmo, de virtuosismo y de organización, su tormento se le escapaba a cada instante, siendo sustituido por preocupaciones cotidianas y desmenuzadas: «Quería pedir a Willemetz que me prestara a Candelaire para una gira por los casinos... No he escrito a Ambrogio diciéndole que retrase el visto bueno de los programas de *L'Etoile*...». De repente, recordó que el alcalde de Cransac le esperaba a almorzar dentro de dos días, y el corazón le dio un brinco doloroso.

Una vez apagada la lámpara, una adaraja de claro de luna irrumpió a través de la parte superior de las persianas. Michel volvió la cabeza hacia la cama de Alice «¿Duerme de veras? Cuesta creerlo...». No se fiaba de la inmovilidad del cuerpo que descansaba sobre su costado, las rodillas encogidas, bañado por su débil perfume, y tan próximo que podía tocarlo con la mano. Sabía, por haberlo saboreado tantas veces, que Alice era capaz de permanecer inmóvil noches enteras. En la época en que su amor buscaba todas las abnegaciones voluptuosas, Michel mantenía, junto a sí, durante la noche, a su joven esposa, ligera y con los ojos cerrados, y nunca estaba seguro de que durmiese. «Después de un día como el de hoy, ¿es capaz de dormir de veras?».

Creía sufrir y sólo estaba agitado, molesto por el cansancio. Mientras palpaba entre sus costillas el lugar probable donde podía madurar y fijarse un mal errante, se abstenía de moverse, de provocar ese enorme ruido que, en la paz nocturna, hace un cuerpo desnudo bajo el mar de las sábanas. Arrastró su perplejidad hacia su sueño, en sueños siguió creyendo que velaba, y nunca supo si Alice había fingido o no el sueño.

Abrió los ojos junto a una cama vacía, al sonido agudo y fresco de una voz que llegaba de la ventana y no se dirigía a él.

—¡Pues, sí, Chevestre, holgazaneamos! Las ocho y media ya, Chevestre, y mi marido duerme aún. ¿Qué trae usted de bueno, Chevestre?

¿Buenas noticias, como siempre?

Michel se despertaba sin memoria, ligero, salvo una preocupación de imprecisos contornos que, desde muy lejos, volaba a su encuentro. En el primer momento, creyó que la preocupación tenía la forma y el nombre de su administrador.

«Hace mal en bromear con Chevestre —pensó—. El sentido humorístico de Chevestre se limita a jugarme malas pasadas, como, por ejemplo, esa historia de la *hipóte*...».

—¡Alice! —llamó con voz sorda.

Alice se volvió, abandonó el alféizar de la ventana, azul de los hombros a los pies

con la larga prenda de shantung desteñido que ella llamaba su blusa de asistenta. Michel reconoció entonces su error. Su tormento, su enfermedad, el calambre intercostal que limitaba su respiración era aquella mujer alta y azul, de un azul tan suave, palidecido por los lavados, azul como la zona húmeda entre dos nubes donde asoma, después de la lluvia, el primer lucero...

—¿Estás despierto?

Traía a la habitación un poco de la risa que acababa de derramar al exterior, el malicioso desdén que reservaba para Chevestre. Michel tardó en advertir la hinchazón de su párpado inferior, y tan sólo reparó en la juventud ofensiva del cuerpo y de los ademanes, en la cabeza sedosa, en el rostro empolvado.

—Es Chevestre —dijo Alice en un tono de inteligencia, como si hubiera dicho: «No te asomes desnudo».

Michel se limitó a contestar con un ademán de ira, ordenándole que cerrase la ventana. Ella no le hizo caso y prosiguió con la misma intención:

—Ya está servido el desayuno, Michel... No, Chevestre, no espere a mi marido, nos estamos muriendo de hambre. Ya le verá usted esta tarde, o antes del almuerzo. No nos moveremos... Bien, pues hasta ahora, Chevestre...

Michel, en pie, tanteando, se apretaba el cinturón del pijama, buscaba el vaso de agua matinal, se echaba los cabellos hacia atrás, evitando ofrecer su rostro a la luz del día.

—Venía a buscarte, Michel. Hace tan buen tiempo que he ordenado que nos sirvieran el desayuno en la terraza. Por poco le da un ataque a María. Tenemos miel del enjambre cogido debajo de las tejas. Aunque está un poco negra, es muy buena. Anda, date prisa.

Alice se alejó, con paso vivo, los pies desnudos dentro de unos mocasines, dejándole sin energía e indefenso, obsesionado por la necesidad de obedecer a su mujer, como siempre que se trataba de comer, de beber, cuidarse. Se peinó, se pellizó la boca para estirarse las mejillas y rejuvenecerlas, escrutó las rojas fibrillas que corrían sobre sus escleróticas: «Entre nosotros sólo hay seis años de diferencia, ¿cómo puede parecerse tanto a una mujer joven?».

Franqueó el umbral con cara de circunstancias, una expresión tan afectada en su rostro, que Alice, sentada la mesa, le miró de lejos con gesto de extrañeza. Pero ahogó su asombro y orientó hacia su marido las asas de la cafetera y de la lechera.

—¿Has dormido bien? —se interesó.

—He dormido.

Una catalpa posaba en el mantel la sombra de sus ramas floridas y sin hojas. Una abeja adormilada voló torpemente hasta el cacharro de la miel, y Michel agitó servilleta para ahuyentarla. Pero Alice extendió su larga mano y protegió a la abeja:

—¡Déjala! Tiene hambre. Y trabaja.

Sus ojos se llenaron, súbitamente, de lágrimas, que Michel vio temblar en las grandes pupilas color de sauce plateado «¡Vaya vida —pensó vengativo— si hay que

tropezar en todas las palabras, en todos los gestos contra algo oculto, vibrante, sangrante...! ¿Ahora le da por enternecerse? ¿Por la abeja mal despierta? ¿Por la palabra hambre, por la palabra trabajo?».

Alice se sacudía su instante de debilidad, y cubría de miel y mantequilla el grueso pan de pueblo, exclamando: «¡Qué tiempo!». Pero Michel, friolero, se cruzó el batín sobre el pecho, comparó el aire fresco con un baño de menta. El primer bocado, el primer sorbo caliente le proporcionaron un poco de satisfacción animal, que disimuló frunciendo las cejas y negándose a ver, en torno suyo, el rocío azul, el cielo puro, de un azul pálido, las pervincas, el rosal de mayo que la sombra teñía de malva. Alice intentó animarle en voz baja:

—Fíjate... Todo el blanco casi parece azul ahora... ¿Has observado cómo las golondrinas visitan sus viejos nidos? ¿Notas la fuerza del sol?

Puedes servirte otra vez leche, ¿sabes? Me he asegurado tres litros diarios, es decir una orgía...

Michel asentía con la frente, protestaba en su interior, se tomaba por testigo. «Miren a la tragona. Todo le es bueno para alimentarse. El aire, el rosal, el café con leche. Todo le es bueno para olvidar. Si yo me dejara llevar...». Dejó caer blandamente la mano que acababa de llevar a sus labios el primero, el mejor cigarrillo, y cerró los ojos: «Si me dejara llevar —suspiró—, qué feliz podría ser aún...».

Un timbre cascabeleante sonó en la casa, y María, severamente vestida de negro bajo el delantal y la cofia blanca, apareció en el umbral y gritó:

—¡Señor, al teléfono! ¡De Paris!

Michel dejó la servilleta en la mesa y se alejó sin mirar a su mujer que, en cuanto quedó sola, cesó de amontonar la mantequilla en la mantequera, de tapar el azucarero, de proteger la miel contra las hormigas con una placa de cristal, y, atenta, se petrificó. Pero Michel había cerrado detrás de sí la vieja y pesada puerta constelada de clavos de cabeza remachada. Inmóvil, caído el labio, estirando el cuello, no alteró su rostro ambiguo de anamita culpable más que cuando oyó a Michel gritar muy alto y cordialmente:

—Eso es... ¿verdad? ¿Ninguna concesión por encima de la cifra convenida? Hasta la vista, muchacho. Gracias ¡Hasta la vista!

Volvió con aire preocupado, tomó asiento en su sitio sin decir palabra, fija la vista en la lejanía. Alice buscó en él una certeza que él no le proporcionaba.

—¿Era...?

—De París —repuso Michel, exhalando una bocanada de humo.

—¡Ya lo sé!

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

—Era... ¿No era Ambrogio? He oído: «Gracias..., hasta la vista, muchacho...».

Imposibilitado de recurrir a la mentira, Michel repuso en tono desafiante:

—Sí, era Ambrogio. ¿Quién querías que fuese?

—¡Ah...! Era... Entonces tú no has... ¿Qué le has dicho?

Denotaba una sorpresa tartamudeante que Michel interpretó como confusión.

—Dije lo que tenía que decirle —replicó Michel en tono autoritario—. Me ha hablado, como debe, de negocios. Y yo le he dado instrucciones.

Alice le miraba atónita, detenía su examen en la boca, en los ojos, en los cabellos canosos y rizados, en el pañuelo de seda del cuello, de un castaño dorado, como si Michel acabara de salir de una cueva cubierta de telarañas. Pero él se sacudió, con una corta frase, el peso de la mirada gris y verde.

—¿Y bien...? ¿Imaginabas otra cosa?

—¿Cómo? No... Desde luego, no... ¿Me permites que me lleve la bandeja...? María ha bajado seguramente al pueblo...

Hablaba confusamente, y se llevó la bandeja como si corriera bajo un chaparrón. «Le ha dado las gracias», le ha llamado «muchacho», le ha gritado «hasta la vista...». En la cocina, Alice rompió una taza y se hizo una ligera herida, en la yema del pulgar. Se lamió la mano temblorosa, saboreando la sal, el color de su sangre, como un cordial que no pudiera provenir de ninguna otra criatura. Con el hombro apoyado en la puerta de la cocina, se apretó la mano contra los labios, repitiendo la cantilena: «Le ha llamado muchacho, le ha dado las gracias...».

Dieron fin a su segunda mañana con bastante facilidad, se tuvieron una serie de miramientos, y se sentaron a almorzar como si realizaran un ejercicio en el que eran maestros. Alice convenció a su marido de que se imponía una visita al alcalde, precediendo al pequeño banquete del día siguiente, y discurrió sobre los lazos que unían los intereses de Cransac —municipio con los intereses de Cransac— casa solariega, y sobre la política de buena vecindad. Michel asentía, fingiendo olvidar que, de ordinario, Alice, en cuanto él se preocupaba de su Cransac natal, solía exagerar su indiferencia bohemia, su miopía atrincherada tras un velo de humo. Pero María abría unos ojos negros y dorados como las pequeñas aguas secretas de la montaña, las fuentes avaras en lo profundo de sus copelas de esquisto. Se sentía maravillado por vez primera de Alice, y a guisa de aprobación avanzaba la frente como los bueyes jóvenes bajo el yugo.

El comedor, detrás de las persianas semicerradas, conservaba su olor de fruto un poco ácido y de confesionario encerado. En el rayo de luz que cabalgaba encima de la mesa, las manos luminosas de Alice y de Michel manejaban los cubiertos y rompían el pan. Alice contemplaba el frívolo dedo meñique de su marido, y Michel seguía los movimientos de las largas y ágiles manos de Alice, la larga mano que había escrito a Ambrogio, que abrió a Ambrogio una puerta cuyos goznes no chirriaron... La mano que se había posado, ora crispada, ora adormecida y abierta, en una cabellera de hombre, entre cuchicheos y confidencias abominables. Desde su ribera de sombras, Michel espiaba las manos iluminadas, guiñaba unos ojuelos de pescador paciente, pero no olvidaba ninguna réplica de su papel.

Oyó, de pronto, que Alice decía:

—Y, además, creo que mientras estés en casa del alcalde, puedes hacer lavar el coche en el garaje Brouche.

—¿Tú crees? ¡Esto es lo que a uno le ocurre por tener coche propio! ¡Despilfarro y locura! Escucha, María, ¿no podría lavar tu hombre el cacharro por una vez?

María juntó sus manos de dura madera, imploró al techo.

—¿Mi hombre? ¡Cualquiera diría que no sabe usted cómo es! Con él o sin él, siempre acabo estando sola.

La cuidada mano de Michel se levantó y cayó sobre la mesa.

—¿La oyes, Alice, la oyes? ¡Es para morirse!

—No es para morirse. Ella se da perfecta cuenta de lo que es un hombre —repuso Alice.

Un plato se escapó de las manos de María, y Alice creyó ver el oscuro color de la sangre ascender hasta la frente de la criada, que se disculpó con su hablar meridional:

—Vaya, pues me ha aturullado usted, señora...

—Rompe cuarenta como éstos y te harás una carrera en el *music-hall* —dijo Michel bromeando.

—No hay motivos para reír. Podía haber sido un plato de mucho precio —repuso María con acento de reproche—. ¿Verdad, señora?

—Aquí no tenemos platos de mucho precio, María. Traiga el café en seguida, me parece que el señor tiene mucha prisa.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Michel cuando estuvieron solos—. Esa cabra vieja está hecha un basilisco. Rompe la vajilla y, por añadidura, se mete conmigo. ¿Y de dónde has sacado tú lo de la mucha prisa? En Cransac sólo tengo que hacer cosas fastidiosas...

Refunfuñaba, y Alice aguzó el oído ante aquella recriminación de niño arbitrariamente castigado. «Él tampoco ha percibido algo. Un impulso de María contra él. Un asomo de censura. En el fondo, creo que ella le encuentra a veces algo vulgar...».

Asistió a la marcha de su marido, le saludó con la mano y luego se lo censuró. «Me parece que exagero. Ya no sé qué es lo conveniente o inconveniente entre nosotros... ¿Qué haría si me escuchara a mí misma...?». Alzó la cabeza, interrogó el aire, vibrante por el rumor de un enjambre lejano, de latido sordo que parecía la pulsación febril de la primavera. La tierra sanguínea, saturada de lluvia reciente, se secaba superficialmente y adquiría un color rosado. Más allá de un extremo del prado y del profundo bosque, no se advertía ya la blanca neblina que señalaba el lecho del invisible río.

«¿Qué hacer? Mañana telefoneará otra vez a Ambrogio, y también los demás días. Entonces, ¿debo prevenir a Ambrogio...? Esto nunca. ¡Jamás!».

Inconscientemente adoptó una expresión gazmoña «¡Yo no mantengo correspondencia con Ambrogio, no! ¡Pase que yo desprecie a Michel, pero que ese imbécil de Ambrogio conozca la..., en fin, la paciencia de Michel, esto nunca!».

Un arranque de intolerancia la llevó hacia la extremidad del terraplén, hasta las jeringuillas, que tocó con la nariz. Pero la jeringuilla esperaba la noche para exhalar su perfume. Alice se subió las mangas, ofreció al mordiente sol de abril su brazo blanco, alcanzó las ramas del manzano silvestre de flores rojas y rosadas: «Estas tres ramas tan bonitas en el jarrón gris...». Soltó la rama y dejó, desalentada, vivir a las flores. «Y sólo estamos en el segundo día... Ayer tenía más valor. Pero ayer, Michel no había telefonado a Ambrogio para llamarle muchacho».

Intentó animarse, defenderse lealmente: «Sin embargo, no siento el menor deseo de verles cambiar puñetazos ni padrinos por un motivo tan...». Buscó, pero sólo encontró la palabra «fútil», ni siquiera sintió ganas de sonreír, y en eso paró su intento de equidad. Renunció sucesivamente a bruñir los grifos del cuarto de aseo, a calcular el número de metros de tela de cortinas que se necesitaban para el comedor.

Menos perezosa que circunspecta, se detenía en el umbral de la casa, medía la sombra que el mediodía proyectaba en el zaguán, y regresaba a la terraza sin querer confesarse que aquella profunda sombra, paralela a la piedra del umbral y que avanzaba sobre el embaldosado, le producía hoy un poco de miedo.

«Antes no tenía miedo. Antes hubiera seguido a pie el atajo, y hubiese esperado a Michel en el cruce de la carretera. Habría subido al coche y hubiéramos ido hasta Sarzat-Le-Haut para ver el panorama. Pero hoy...».

Puso encima del velador de hierro, delante del bello banco de piedra esculpida, la carpeta de tafilete púrpura que manejaba sin sentir rencor.

«¿Y si escribiese a Bizoute?». No es que prefiera Bizoute a Colombe, o Hermine a Colombe. Bizoute comunicaba a Colombe o a Hermine las raras cartas de Alice: cuatro páginas, seis páginas de noticias insignificantes, de bromas que se remontaban a la adolescencia: Bizoute querida:

Imaginad, las tres, que estoy escribiendo al aire libre, descalza, como en el mes de agosto...

Un pequeño estudio de Vaugirard, pobre, alegre, mal amueblado, se interpuso entre Cransac y Alice.

Mientras escribía, creía estar tocando el piano de cuarto de cola que llegaba hasta la misma puerta de entrada, y el músico, cargado de papel de música; respiró el viejo perfume de tabaco y de jazmín no muy distinguido. Un plato esmaltado de negro, lleno de colillas, ¿se paseaba todavía del piano a la mesa, de la mesa al brazo de un butacón...? Sonrió, a través de las colinas de Cransac, a la vieja casa parisiense, se refugió en el recuerdo, en el placer indecible de la estrecha fraternidad, del parecido físico y mental, de la camaradería pura e impúdica que, en otro tiempo, unió a las cuatro hijas del padre Eudes, profesor de piano y solfeo, solidaridad de mellizas, ternura como la que sienten sin duda los animales nacidos el mismo día, del mismo vientre, el placer de combatir juntas, un frenético deseo de no perecer de hambre ni de enfermedad, el reparto de todos los bienes y de todas las privaciones — dos sombreros para cuatro, trajes sin camisa, sucintas comidas que Bizoute bautizaba

con el nombre de «régimen de Hollywood»...

Alice contempló su pasada juventud con una serenidad, con una añoranza rebosante de gravedad. ¿Corría el riesgo de tener que volver a empezar entre las paredes del incómodo estudio, caluroso, amarillento por el sol y el tabaco, al son del piano sobre el que Hermine y Bizoute, compositoras para siempre desconocidas buscaban, el cigarrillo en los labios, en un hombro la mejilla, un ojo semicerrado, los motivos orquestales y las canciones de alguna película?

Cayó una flor de catalpa, trazando un remolino encima de la carta empezada, a través de la viva imagen del piano irrompible, del taburete giratorio...

... Como en el mes de agosto, Michou hace de señorito en la ciudad, y yo aprovecho su ausencia para revolcarme con vosotras tres, sobre nuestro palomar natal. ¿Cómo va el *tricbalous*? ¿Y el *brédédé-á-roulettes*, siempre tan churretoso?

Avergonzada, se detuvo. «¿Esto es todo lo que se me ocurre decirles? Estas viejas tonterías de adolescencia, estas...». Pero sabía que Bizoute reiría por costumbre, y recibiría con secreta compunción aquellas palabras de santo y seña que cerraban, a todo profano, una época inviolada de su existencia. Hermine palparía el aire con la punta de sus antenas invisibles, tosería el humo y contestaría a través del espacio, como hacen los pastores que, de colina en colina, cambiaban la melopea de su soledad: «El *brédédé-á-roulettes* ha reducido aún más los precios: ciento cincuenta beatas por una canción titulada *Juste au dessus*, una de esas canciones delicadas que elevan el alma y de las que nosotros hemos hecho una especialidad. En cuanto al *tricbalous*, he de reconocer que es un auténtico *balabi*, o para hacerme comprender mejor, un *zog* de primera calidad... No te preocupes por la marquesa de Joinville, el trabajo se ha reanudado en los estudios, ella continúa en el montaje, y, por lo demás, esta Paloma Negra no teme las acumulaciones. Si vas a ver la presentación de *Sa Majesté Mimi* —pequeña obra maestra de humor y sentimientos— fíjate bien en la escena en que Mimi pasa revista a su ejército: el tercer caballo de la derecha es nuestra hermana bien amada...».

La brisa refrescante, que se levantaba de poniente, hojeaba el bloc de notas que Alice cubría con su letra ágil y variable, fina en los márgenes, gruesa en la cabecera de las páginas vírgenes. De cuando en cuando se interrumpía, miraba surgir, correr y crecer el azul de la noche entre dos lomas. Pero no veía nada, no enfocaba —más allá de los cerezos aún blancos, de los últimos melocotoneros en flor que flotaban en el flanco de los viñedos— más que el pequeño y cálido estudio, las dos altas muchachas un poco marchitas, un poco cansadas de reír y trabajar juntas, y que en su vida concedían al amor una parte pequeña y discreta; una, fiel a su director de orquesta, casado, la otra misteriosamente ocupada por un personaje al que no nombraba nunca, y al que sus hermanas llamaban «*Monsieur Weekend*^[8]». «¿Y si, en realidad, se tratara de *madame Weekend*? Tendría gracia». Alice se regocijó; luego el paisaje del Delfinado ocultó de nuevo la casa de Vaugirard y se ensombreció.

«Cuando pienso tanto en mi familia, es que Michel me fastidia terriblemente, me

conozco bien... Oigo el coche. ¿Ya está de vuelta?».

Un momento después, Michel saltaba del coche, ligeros los pies y los riñones doloridos: «A fe que es un hombre guapo. Siempre he encontrado encantadores esos ojos de color de avellana. Lo que no impide que no experimente el menor placer al volverle a ver». Lo veía acercarse presa de una de esas glaciales crisis femeninas que no respetan nada. Pero Michel le habló de lejos, y, bruscamente, ella se fundió al sonido de su voz.

—Podrías decirme... ¿Podrías decirme si es esto lo que María me pidió? Un..., algo, no sé qué terminado en «ol»... ¡Ah...! ¿Estabas escribiendo?

—Sí, a Bizoute. No he acabado, pero no importa, la carta saldrá mañana.

«Sin duda, debe creer que prevengo a mi alocado amante del año pasado. Puedes contemplar la carpeta violeta, mi pobre Michou... ¡Qué cara! Sí, tiene la peste; sí, esta carpeta violeta huele mal...».

Posó, sin palabras, una mano tranquilizadora en el hombro de Michel.

—¿Te ríes? —preguntó Michel a media voz.

—No, no me río.

—Pero tienes ganas de reír.

—¿Acaso he hecho votos de no reír jamás? ¡Michel, Michel, no te hagas la fiera corrupta! Regresas a casa, me siento contenta de verte regresar, no te esperaba tan temprano... En las profundidades de mi ignominia, déjame un poco de buen humor, y hacer cabriolas y pompas de jabón en mi lodo inmundo...

—Ten cuidado —exclamó Michel en el mismo tono bajo y apremiante—. Adquiere el hábito de tener cuidado. Sí, regreso temprano. Sin embargo, he visto a toda mi gente.

—¿Tu gente?

—El alcalde, Ferreyrou. Está arreglado.

Alice preguntó sorprendida:

—¿Arreglado el qué?

—Mañana no almorzaré allá abajo. Les he dicho que llegué hecho cisco de París, que no se banquetea en Cransac bebiendo agua mineral, que lo aplazaríamos... Pero se diría que te contraría. En fin, les he dicho que estaba enfermo...

Se apoyó con las dos manos en el velador de hierro, cerró los ojos, y su rostro se apagó. Alice vio las arrugas, y una palidez de ciudad; y una boca y una frente envejecidas en veinticuatro horas.

—Bueno —se apresuró a decir Alice—. ¡Estaremos enfermos! Me parece muy bien. ¡Batines a voluntad, vino caliente a las seis, y no pasar de los límites de la tapia del parque!

—Pero ¿no te aburrirás?

—¡Así lo espero! Es excelente. ¿Te quedan paquetes? Dámelos y vete a guardar el coche. Espera, lo entraré yo misma... ¡Vamos, hop!

¡Ahora vas a ver una marcha atrás!

—¡No, no! —gritó Michel—. ¡En nombre del cielo, baja de ahí! ¡Todo lo que quieras con tal de que bajes! ¡Mis poderes absolutos! ¡Mi cruz de Isabel la Católica! ¡Estás rozando con el guardabarros! ¡Da la vuelta, da la vuelta!

Se precipitó en el estribo, mientras Alice maniobraba como una aprendiz, aunque blasfemando como un experto chofer. Regresaron del garaje contentos de sí mismos, acalorados, y Michel tan sólo se ensombreció cuando vio que Chevestre se dirigía a la terraza, lento, enjuto, vestido de negro por cortesía, las piernas embutidas dentro de unos *leguis*^[9] de charol que de lejos producían la impresión de botas.

—¡Ahí está! —Dijo Michel en voz baja—. Ya le daría yo botas...

—Creo que le esperabas.

—Sí, le esperaba... Pero cuando le espero, siempre confío que no vendrá. Me revienta con su jeta de heredero.

Sólo confesaba el enojo, y ocultaba como mejor podía su temor genérico de propietario que tiembla anta el administrador. Chevestre, transformado de bracero en granjero, había abandonado la gorra blanda por el viejo sombrero de fieltro, y, dentro de la chaqueta, resaltaba lo esbelto de su talle. Michel, humillado por la facha de cazador de garzas de Chevestre, prodigaba en vano cuando se encontraba a solas con él, su amabilidad comercial y su campechana franqueza, aprendida en las obras realistas.

Enjuto, el bigote recortado, rubio y blanco, cruzándole el rostro cual un trozo de estopa, Chevestre se aproximaba. «Él es quien ha facilitado los fondos para la hipoteca sobre Cransac —pensaba Michel—. Seysset es un hombre de paja. Si Alice lo supiera... Lo sabrá cuando tenga que vender...». Alice, atenta, también contemplaba cómo Chevestre subía la cuesta.

—Tenemos que reconocerlo, Michel: tu administrador tiene cierta soltura. Es un camello, pero con buen porte.

«En diez años no ha podido adquirir la costumbre de decir: “Nuestro administrador”. Ella no es de aquí. Jamás será de aquí. Si Alice lo supiera... Pero a Alice le importa un bledo... Va a volver a engallar a Chevestre con sus preguntas tendenciosas, a expresar con voz muy alta su sorpresa porque los mimbres se resquebrajan, y a aconsejar jalea de membrillo contra la diarrea de los pollitos... No sospecha la aversión que puede llegar a despertar su aire de artista...». Se puso en pie y salió, con presteza, al encuentro del administrador.

—¿Quieres que me quede contigo? —Propuso Alice—. Ya sabes que a mí Chevestre no me impone.

—A mí tampoco —replicó Michel secamente—. Me reuniré contigo en la biblioteca. Pero que no parezca que te marchas sin saludarle. Aquí está... ¡Vamos, Chevestre, vamos! —gritó—. ¿Tendremos ahora que llevarte de la oreja hasta un vaso de oporto?

—¡Oh, no, señor, de ningún modo! Pero el trabajo es como las mujeres hermosas: no le gusta esperar.

Chevestre descubrió su cabeza rapada, esperó por deferencia a que Alice diera un paso hacia él. Ella no se apresuró, le tendió primero su larga mano, luego un paquete de cigarrillos, y se interesó, sus ojos semientornados en los ojos azules de Chevestre, por el tiempo que haría al día siguiente, mientras Michel, con su sonrisa de amo en los labios, se irritaba al observar que el encuentro entre Alice y su administrador se parecía al de un hombre bien educado y una mujer bonita.

—En resumidas cuentas, ¿qué te ha dicho?

—Nada. En fin, nada nuevo. Su truco consiste en enfocar las cosas de manera tan suave, tan aérea, que cuando se intenta resumir, concretar lo que ha insinuado, abre los ojos: «Yo nunca he dicho al señor... Pero si estoy muy lejos de pensar... El señor sabe de sobra que mis escasos recursos no me permiten...».

—¿No le permiten qué...?

Michel se encogió de hombros y mintió:

—¡Cómo lo voy a saber yo! No creas que Chevestre sea un tipo de los que revelan sus proyectos, si es que los tiene. Y, además, he de confesarte que, en estos momentos, no estoy muy atento a lo que dice...

—¿Qué momentos? ¡Ah, sí! —exclamó Alice sin reflexionar.

—¡Alice...!

La joven se contuvo para no soltar una impertinencia y, una vez más, trató de distraer a Michel de su preocupación.

—¿Y por qué te habla en tercera persona?

—Su padre fue ayuda de cámara en casa de nuestros vecinos, los Capdenac.

—¡Ah! Eso me estropea su apostura de viejo francés rubio. Siento que se tambalea mi convicción de que Chevestre nació de los amores de un antiguo oficial de húsares con una gavilla de trigo...

Hablaba al azar, quería ser graciosa, y se paseaba de un lado a otro para escapar a la atención de su marido.

—El tiempo cambia, se levanta el cierzo del Este.

Como diría alguien que yo me sé: «Esta noche en Niza tendrán el mistral...». ¡Oh, espera!

Corrió a la leñera, regresó cargada de leña menuda, de pifias, de astillas de haya, y encendió un vivo fuego.

—Porque hemos tenido dos días magníficos, ya hemos creído que estamos en verano, y después... ¿Eh? ¿He tenido una buena idea?

Se volvió, orgullosa. La llama bailoteaba, dorada, en los ojos de Michel, que contemplaba fijamente el fuego.

—¿Dices algo, Michel?

Sentada sobre la piedra del hogar, forzaba su entonación quejumbrosa y juvenil, ponía a prueba el poder de la voz que Michel amaba.

—¿Qué acabo de decir que haríamos? ¡Ah, sí! Vino caliente...

Michel se levantó para ir a sujetar la puerta que siempre se entreabría, y Alice

siguió, en la pared, la lenta sombra de un hombre de fuertes espaldas, de cabeza redonda y rizada, una sombra que ella creyó ver por primera vez.

—No cierres, voy a la cocina a buscar vino caliente... ¿Estás cansado, Michel?

—Sí, estoy cansado —repuso él distraídamente—. Me siento un poco como si...

Consultó el cielo, las nubes veloces, los follajes tiernos, inclinados y paralelos bajo el viento, como la hierba en el cauce de un río.

—Creo que el tiempo se estropea en serio —añadió—. Y el barómetro... ¡Oh, el barómetro...!

Se volvió al oír golpear la puerta. Alice corría a la cocina, huyendo de Michel, de las conversaciones meteorológicas, de la hora color de plomo. En la cocina caliente, engalanada con cobres rosados, suspiró a sus anchas:

—¡Dios, qué bien huele! ¿Qué es lo que huele tan bien, María?

—La pintada, señora. La he puesto pronto, para que se sienta en la cazuela. ¿La señora quiere el vino caliente? ¡Levántate, tío sin modales!

¡Corre a buscar el vino tinto!

Dos zuecos que se arrastraban, un chaquetón de gruesa y terrosa pana, estirado sobre una vigorosa y abatida espalda, abandonaron la cocina, obligados y proscritos por un brazo de hechicera. Alice se sentó un momento sobre la silla que había abandonado el marido de María.

«¡Qué bien se está aquí! Una cazuela que cuece a fuego lento, la cocina al rojo vivo, un calor tan agradable que se sube a la cabeza... Este flaco saltamontes que maneja a ese macho inerte... ¡Qué humano es todo, qué normal y agradable! ¿La criada no me quiere? Pues esto es también normal. Me gustaría quedarme aquí...».

El silencio de María la obligó a levantarse.

—María, no se olvide de echar canela en el vino caliente, ni de los ocho terrones de azúcar.

No hizo más que cruzar el salón biblioteca, donde Michel escribía, y se entretuvo en el cuarto de baño. Con el concurso del vino caliente, de la cena que siguió, de la pintada casi derretida, se pusieron de buen humor. Pasadas las nueve y media, Alice llamó dos veces a María, le pidió una bolsa de agua caliente para la cama y una colcha guateada. Luego, Alice y Michel se quedaron solos, y oyeron tocar las diez campanadas ahogadas del pequeño reloj colocado muy alto, cerca del techo, encima de un pedestal de tuya.

Michel fumaba y terminaba su correo, y Alice, sentada en la mejor de las incómodas butacas, abrió los periódicos de la víspera para no parecer que leía, en el fuego, su presente y su futuro. «Las diez. Si estuviéramos en París...».

—Alice, ¿no quieres este sitio para dibujar o escribir?

—No, gracias.

«Esta solicitud resulta espantosa. Antes, cuando yo ocupaba el escritorio, no se andaba con reparos para decirme: “Quita tu trasero de aquí, querida, y rápido”. Ya está, ahora llueve. Si estuviéramos en París...».

Sonó una puerta, y la voz imperiosa de María vociferó a lo lejos. Unos pies calzados con zuecos corrieron pesadamente bajo el chaparrón.

Así que hubo pasado, Alice tendió ávidamente el oído: «Se acabó. Se van a acostar». En la chimenea se derrumbaron las brasas, y ella se estremeció sobresaltada.

—Qué nerviosa estás —dijo Michel dulcemente. Alice no contestó, pero frotó sus omoplatos contra el respaldo de la butaca, para borrar el estremecimiento preciso, la ilusión de la gota de agua tibia, que la mirada de su marido provocaba a lo largo de su espalda.

«Me vigila. Sé perfectamente que no soportaría once..., no, doce veladas como ésta. Ni doce..., ni siquiera once noches como ésta que se prepara... ¿Cómo es la noche que se prepara? ¡Ah!, no toleraré un minuto más esta gota de agua tibia».

Se volvió bruscamente y recobró toda su sangre fría; «Todo marcha bien, sólo siento miedo de espaldas».

—*Cigarette, Michel, please*^[10]?

Su marido trajo la caja, el encendedor cuya llama, al brotar en medio de sus rostros, iluminó los párpados combados de Alice, su boca grande apretada sobre el cigarrillo, todo un rostro hinchado como la máscara de una fuente que el agua refleja. Entre sus pestañas, Alice apreciaba los discretos estragos producidos en las facciones de Michel, una especie de encogimiento que parecía disminuir el espacio de la mejilla y limitar los bellos y ojerosos ojos. «No está bien», juzgó brevemente.

—¿En qué piensas, Michel? Me da pena cuando te veo..., Esto..., y esto...

Señaló, con dedo insistente, la mejilla desnuda entre el cordón de barba y la nariz, y el párpado inferior. Michel se encogió de hombros.

—Pienso que me has engañado —dijo sencillamente—, ¿en qué quieres que piense?

Al pronto, Alice no pareció comprenderle. Le contemplaba con mirada distraída y tan cerca que él podía distinguir, en las grandes y admirables pupilas, las manchas azul pizarra y los rayos, grises sobre un fondo verde que convergían todos hacia un oscuro centro.

—Pero —dijo Alice finalmente—, ¿cuándo te parece que dejarás de pensar?

—No lo sé.

—Pero, Michel, esto no es vivir...

Volvió la cabeza lánguidamente hacia los cristales azotados por la lluvia.

—Eres muy amable al darte cuenta de ello.

Alice se volvió hacia su marido fogosamente.

—¡Esto no es vida para nosotros, Michel! ¡No lo es para mí ni para ti! ¡Siento horror a la desgracia, Michel! Pasar las mil y una, consumirse esperando una entrada de dinero, cambiar de oficio, inventar alguno, ambos sabemos bien lo que es eso. Además, desde mi infancia estoy acostumbrada a ello... Pero regodearse en un infortunio sentimental, plantarse en medio de él con aires de importancia: «¡No me jorobéis y que nadie me moleste, pues soy desgraciado!». Vamos, vamos. A fin de

cuentas...

Todo por una vieja historia de nada..., de nada...

Alzaba la voz hábil en gemir, y al hablar esbozaba el ademán de todos los cautivos, un movimiento con la cabeza vehemente y regular.

—Querida mía —dijo Michel—, ten un poco de paciencia. Para mí, esa vieja historia tiene un poco más de veinticuatro horas.

Alice calló bruscamente y su rostro adquirió una expresión fija de sonámbula, el labio inferior caído y dejando asomar la viva blancura de los dientes. Michel se aprovechó de aquel estupor.

—¿Por qué guardaste la carta?

—No, no la guardé, la había... olvidado en la carpeta —repuso Alice con voz blanda.

—¿Olvidada aquí? ¿Aquí? —gritó Michel congestionado.

—¡Eh! Aquí no. La carpeta violeta es la carpeta mi estuche de viaje.

Michel respiró.

—¡Ah! Bien...

—¿Está esto mejor? —deslizó Alice en tono pérfido.

Ofendido, Michel no respondió y permaneció pensativo, la vista en el fuego.

—Si al menos... —aventuró tras un largo silencio— si al menos se hubiera tratado, entre tú y... ese muchacho, se hubiera tratado... de algo completamente distinto lo que me has dicho, si...

—Sí —cortó Alice—. Como decía en el otro mundo el individuo atropellado por un autobús: «Si al menos hubiera sido un Rolls».

—¡Querida, no me he muerto!

—¡A Dios gracias! —contestó Alice rudamente—. No te lo perdonaría.

Tomó asiento, cruzó las piernas y se agachó para calzarse uno de los mocasines. Encorvada, su largo brazo colgando a lo largo del muslo, el pecho aplastado contra la rodilla, parecía aún más alta. Michel le aseguraba que en la cama, era interminable. «Eres larga como un río», le decía, riendo para ocultar su loca y fiel admiración.

Mientras Alice tiraba, con el pie descalzo y la mano, del mocasín forrado, él contemplaba a hurtadillas su libertad de movimientos, la flexibilidad de su rodilla, la soberbia espalda hendida por un surco, los senos pequeños —«un poco estilo medusa», decía ella en tono de chanza— pero firmes... «¿Es que nunca va a envejecer?», pensó colérico. No la deseaba, y se felicitó por eso «Hasta me asquea un poco; es muy natural. Entregarse a ese... ese tipo, una amistad tierna, consejos, un interés amoroso, su debilidad de convaleciente. ¡Hasta ha osado hablar de confianza...! Pero esto no es suficiente, lo ha redondeado con todo ese cuerpo, el resto de fiebre, su boca grande, un poco áspera, y su perfume... Ella es..., ellas son siempre peores de lo que uno imagina».

—Dime —exclamó contra su voluntad—. ¿Le tuteabas?

Alice dejó de frotarse su talón descalzo, tardó un momento en comprender y

parpadeó mientras reflexionaba.

—¿Si le tuteaba...? ¡Oh, no! Creo que a veces...

—¡A veces! —Repitió Michel—. Estimo en lo que vale la soledad. Da... Da una idea. De veras.

La insolencia reapareció en el rostro de ojos semientornados.

—Lo tienes bien merecido. Quizás eso te enseñe a no hacerme más preguntas.

Michel permaneció inmóvil, como un hombre que se ha golpeado en la oscuridad y no se atreve a dar un paso más.

—¿Sabes a dónde nos conduce todo esto? —preguntó Michel en voz baja.

Alice se sentó ante las últimas ascuas, anudó los brazos en torno a sus rodillas.

—No tengo la menor idea —contestó con indiferencia.

—Nos conduce al hito donde se estrellan muchos matrimonios, a un estado, hablo por mí, de frialdad, de indiferencia casi, y repara que considero el porvenir con sangre fría y que, a Dios gracias, no tengo nada de energúmeno...

—¡Venga! ¡Suéltalo todo! ¡Suéltalo! —exclamó Alice, despectiva.

Ante el estrépito de loza que siguió, la joven se puso en pie de un salto. Michel acababa de arrojar contra la pared la jarra vacía que antes había contenido el vino caliente. No hizo más demostración de violencia, y se inclinó, maquinalmente, para recoger el trozo más grande, en el que un asa en forma de S seguía en su sitio.

Alice, aliviada porque su marido hubiera justificada y disipado el temor que ella sentía correr, tibia gota imaginaria, a lo largo de su espalda, estuvo a punto de aprobar el ademán de Michel.

—Es idiota —dijo sin aspereza.

—Lo lamento —repuso Michel—, ¿qué quieres...?

Examinaba el trozo de porcelana suspendida por el asa de su delicado meñique.

—Es curioso, la jarra se ha hecho trizas, y el asa no ha saltado. Sí, es idiota... Pero ¿por qué alivia eso, un reflejo tan estúpido? Fíjate, el asa se había roto antes y estaba pegada y el golpe no la ha hecho saltar ahora. Es curioso...

—Es curioso —repitió Alice, por simple complacencia.

Empujó con el pie los trozos de porcelana.

—Por suerte, la jarra estaba vacía —dijo Alice con indiferencia.

Pero ya se retiraba, con el pensamiento, hacia profundos refugios, y reflexionaba fríamente sobre el incidente.

«Ya se sabe, ya se sabe que esto alivia... También un martillazo en la cabeza. Incluso dos manos un poco apretadas en torno a una garganta. Sé de alguien que esta noche vendrá con paso quedo a dormir en el diván de la biblioteca...».

Sin embargo, no se acostó en el diván, pues Michel cayó pronto en un inquieto sueño, habló durante él, y pronunció el nombre de Alice en voz alta y confusa. Ella extendió el brazo, tocó una mano cálida que colgaba de la otra cama y encendió la luz. Michel se despertó y guardó silencio, clavados los ojos en su mujer. Traía, del fondo de su sueño, una sorpresa dichosa y una gratitud un tanto delirante. Alice le

tendió el vaso lleno de agua, se levantó para abrir los viejos postigos interiores y entornó la ventana. Una cascada de aire húmedo, cargada con los verdes perfumes que la noche y la lluvia lanzaban a ras de la tierra, se deslizó hasta las camas gemelas, y Michel se incorporó. Pero Alice hizo «chist, chist», dobló encima de la cama el brazo colgante y tapó la espalda de su marido. Él obedecía, se hacía ligero, fácil, sin edad, en tanto que ella luchaba contra la necesidad de curar, de inclinarse sobre el hombre acostado, sobre su olor familiar y cálido, de sostenerle entre su hombro y su oreja, en el refugio donde la mujer acuna la carga mejor y más pesada de su amor.

Repitió «¡chist, chist!» y le parecieron ligeras, escuchando los ataques del viento y las alternativas de la lluvia, las últimas horas de la noche de primavera.

—¡Qué pena, un jarro tan bonito!

—No era muy bonito, María.

—De todas formas... ¿Se ha fijado, señora? La tapicería «bosteza» por allí. Es de ahora.

—Quizá sea de ahora, pero la tapicería no lo es. Seguro que «bostezaba» de cansancio...

II

Alice, enguantadas las manos, un pañuelo anudado en torno a sus cabellos, sacaba brillo a un candelabro de cobre, y María apartaba de su sitio la mesa escritorio, los asientos y el diván con su funda.

«Lo que acabo de decir es Michel puro. También yo me esfuerzo en hacerme la simpática».

Toda de negro, salvo la cofia blanca a guisa de gorro, María desplegab su vivacidad, sus potentes resortes de insecto, y pretendía leer en los trozos del jarrón roto. Un sol oculto bebía, en la tierra entibiada, el agua nocturna, y del parque empapado ascendía un áspero aroma de hierba encharcada, de setas y de tubérculos germinados.

—¿Qué le parece a la señora que tiene el señor?

Alice sacudió sin prisa, sobre los viburnos, su trapo amarillo.

—Agotamiento... Un mal aire traído de París... Un poco de gripe...

María, con su gran frente de saltamontes, aprobó las tres sugerencias.

«Esta mañana le da por hablar —pensaba Alice—. Revolotea alrededor de este jarrón roto como una libélula en torno a una charca... y el otro que duerme ahí, con sus 38,3...».

—¿La señora ha mandado ya llamar al médico?

Alice, en cuclillas, acabó de pasar la gamuza por los barrotes de una silla, se incorporó e hizo frente a María.

—No. Si la temperatura sube esta noche, mañana por la mañana telefonaré al doctor Puymaigre. Pero...

Pareció consultar los restos del jarro que María había recogido en la papelera.

—... Pero me parece que no subirá. Se trata más bien de una fiebre nerviosa.

María, con su pequeña mano envejecida y viva, cogió la cesta, sacudió los pedazos de loza como hubiera sacudido la calderilla en la colecta parroquial.

—¿Fue a la señora a quien se le escapó el jarro de la mano?

—No —precisó Alice—. Fue al señor. Pero que fuera a él o a mí, no cambia el resultado.

La criada, meditabunda, interrogaba a la tapicería rasgada y al entarimado. Midió con la vista el espacio comprendido entre el escritorio y el lugar de caída de la jarra, y decretó:

—¡Ah! ¡Fue el señor! Pues bien, no debía de haberlo hecho.

Alice creyó percibir por segunda vez, bajo el impecable caparazón de María, una cálida convulsión humana, un movimiento que comparó con la solidaridad que une a la esposa y a la concubina. Enrojeció hasta sus párpados hinchados por una noche de insomnio. «¡Magnífica conquista! Una campesina llena de doblez, devorada por la curiosidad, a quien nunca le ha gustado mi presencia aquí... Pero ella no ha aceptado mi presencia, no puedo decir que sea falsa. No he descubierto en ella nada mezquino.

Y qué penetración... En resumidas cuentas, ¿qué puedo reprocharle? ¿Su feroz integridad? ¿Todas sus virtudes?».

Se acodó, olvidando su tarea de ama de casa, en lo alto del desorden vegetal, centelleante de lluvia, engalanado por flores sin duración, por un follaje apenas abierto, por retoños que aún teñía el rojo y doloroso color de su esfuerzo. «Hace dos días, ¡qué hermoso era todo...!».

Una alameda casi borrada descendía hasta lo más sombrío del bosque, hacia la fresa silvestre en flor, hacia los enjutos y altos bohordos de los sellos-de-Salomón y los llamantes cayados de los helechos.

«Hoy no me iría sola de reconocimiento por el bosque. ¿Y con Michel? Tampoco».

Para tranquilizarse escuchó a María que, calzada con unos patines de fieltro, frotaba el piso. Con sus brazos morenos y secos agitándose acompasadamente y sus piernas de cabra ejecutando un baile de tijeras, la criada evolucionaba sobre el roble encerado como las arañas de agua encima del azogue de los estanques. Sintiendo un humilde placer, Alice permaneció un tiempo escuchando los pies forrados de fieltro.

También le hubiera gustado oír el ruido del almirez en su mortero, de la escoba en el zaguán, del cuchillo de picar carne, de todas las manifestaciones de la presencia de María... «Quisiera —suspiró en su interior—, quisiera ir a triar lentejas en la cocina, o a arrancar la grama en las alamedas... Quisiera ir a la feria de Sarzat-Le-Haut... Pero no me entusiasma ir a dar limonada, sal de frutas, a ese que está ahí con 38,3 de fiebre... Estoy dispuesta a cuidarle, pero no cuando está enfermo...».

Después, al cruzar la biblioteca, se aventuró a aconsejar a María:

—Oiga, María, ¿sabe usted que es muy malo para el vientre frotar con los pies como está usted haciéndolo?

No esperó la respuesta y salió algo avergonzada: «Carantoñas, ahora casi le hago carantoñas...». Detrás de ella, la danza con patines se detuvo un minuto, reanudándose luego con una especie de alegría furibunda.

Entró en la semipenumbra de la habitación; en su mano tintineaba una pequeña bandeja.

—¿No duermes? ¿Estás mejor? Aquí traigo limonada caliente. ¿Quieres enseñarme la lengua? Un poco más... ¡Es horrible! ¿Y tus intestinos? Desde cuándo... ¿eh?

Michel se agitó entre las sábanas.

—¡Deja! ¡Deja! ¡Siento un horror especial hacia esta especie de inquisición!

—Pero, Michel, vamos, hay que... ¡Es una tontería!

Michel se hacía un ovillo, las rodillas en alto, rechazando con insistencia la bandeja con una mirada hostil de niño.

—¡Michel...! No puedo permitir ni por un momento que no te cuides. Bebe en seguida. He echado una cucharada sopera de sales.

Permanecerás acostado hasta..., hasta las primeras angustias. Y sólo te levantarás

para tomar el té, a las cinco...

Paciente, Alice le contempló mientras bebía. Pero se alejó contenta y con paso demasiado vivo.

—¿A dónde vas ahora?

Alice se detuvo como un animal a quien tiran del ronzal.

—¿Ahora...? Voy... Ahí... Un rato al parque... En fin..., a ninguna parte.

Bajó la frente y repitió:

—A ninguna parte.

Pero antes de cerrar la puerta, cambió de parecer:

—¡Ah, Michel! Si telefonan de París...

—Pues aquí estoy —repuso él con voz de hombre válido.

—Si duermes, ¿tomo yo el recado?

Michel volvió la cabeza en la almohada, miró a Alice, con su vestido matinal, nimbada de plata por la luz que llegaba del jardín, y le dedicó una sonrisa un tanto desagradable:

—No, no debes hacerlo. Precisamente tú no debes hacerlo. Me llamarás, ¿comprendes?

Alice salió sin contestar, felicitándose por su moderación, y transformó su soledad en legítima recompensa, vagando con paso tranquilo de la terraza al parque, del parque a la casa, bajo un sol blanco, a cada instante apagado por nubes perezosas, que prometían, luego retenían una tormenta, imponiendo tregua a los ruiseñores. A mediodía, en la terraza, María sirvió la carne picada y el arroz, enrollados en hojas de col, enrojecidas por una larga cocción.

—Es tanto como decir que son sobras... —dijo muy tiesa la criada en son de quejosa disculpa—. Como esta mañana no se ha podido bajar al pueblo...

—Si en París dispusiera de sobras como éstas, María...

Comía golosamente, con breves golpes de tenedor, y ofrecía a la melancólica y suave luz sus cabellos lisos que reflejaban el cielo algodonoso, sus ojos semicerrados y pálidos. Al mismo tiempo aguzaba el oído hacia la casa, percibía los pasos precipitados de Michel, el golpear de puertas secretas, el ruido de cierto cerrojo. «Vamos, todo marcha bien... Esta noche no tendrá fiebre...».

—¿Qué más me va a traer, María?

—Mi confitura de melón. Pruébela, señora. Pongo cuatro limones para que no resulte sosa...

Una sentada, la otra en pie, ambas pensaban en que por primera vez estaban solas, y se sentían singularmente conmovidas.

«Qué extraño... Por primera vez. Entre nosotras dos siempre ha estado Michel o el hombre de María, o una lavandera, o una escalera para limpiar los cristales, o una vasija para las confituras...».

—Cuatro limones... ¡Es el secreto! ¡Jamás lo hubiera adivinado! Me estaba diciendo...

El sonido del teléfono la interrumpió, cambió el gris benévolo del cielo, apagó los rojos espinos, y Alice dejó la cuchara en el plato.

—¡Oh, ese timbre! Tendría que cambiarse.

—¿Responde la señora?

Alice negó con un movimiento de cabeza, espiando ya la voz de su marido, los «¡diga!, ¡diga!», el acento de intransigencia que Michel reservaba a los subalternos cuando se hallaban lejos de su vista. En cuanto se estableció la comunicación, la voz bajó de tono y Alice sólo oyó un murmullo de buena educación.

—Tomaré el café aquí, María. Sírvalo usted misma. Traiga sólo mi taza llena... Dos terrones de azúcar, como de costumbre...

Se puso a escuchar de nuevo, estirando el cuello, petrificada por la curiosidad. Creyó oír una leve risa complaciente y apretó los labios con gesto malévolos. Pero, tras un largo silencio, se produjo un grito casi angustiados: «¡No corte!». Luego la voz de Michel se elevó, expresando, en forma entrecortada, la sorpresa, la altivez. «¡Esas cosas no se discuten! —gritó—. ¡No! ¡No lo permito! No hay dos maneras de interpretar las condiciones... Cómo, yo habría dado mi confianza...».

«Ya está —se dijo Alice—, ¡y de qué manera!». Escuchó aún, pero en vano. Su cigarrillo, que temblaba, rozó las sobras de confitura que quedaban en el plato, y se apagó. No se dio cuenta de que palidecía, pero María, que traía la taza de café caliente, hizo una breve pausa al mirarla. Michel apareció en aquel mismo instante en el umbral, cerró cuidadosamente la puerta a sus espaldas, y Alice, levantándose instintivamente para huir de él, encontró junto a ella el brazo tendido de la criada, el hombro duro como una tabla, toda la delgadez sarmentosa y sólida de María.

—Señora... Vamos, señora... —balbuceó la mujer.

—¿Has oído? —gritó Michel, de lejos.

Alice dijo «no» con la cabeza y volvió a su sitio.

Se mordía el labio hendido y lívido, en tanto que Michel se dirigía rápidamente hacia ella.

—María, ¿no te queda café? ¿Quieres ir a buscarme un poco?

Se sentó junto a su mujer en el banco. Alice, al verle las pupilas claras y el cuerpo ágil, sintió ceder y respiró hondo para calmar su corazón.

—Bien —exclamó Michel—. ¿Te sientes capaz de proporcionar dentro de... cuatro o cinco días la mayor parte de los figurines del vestuario de Daffodyl, naturalmente, a base de un reducido montaje y comparsearía...? Los asuntos que se creen muertos y encerrados son siempre los que resucitan y patalean. ¿No pensabas ya que estaba perdido? Yo no hubiera dado un chavo por él. Sólo que ahora que quieren la sala, yo me niego a oír hablar del viejo vestuario del estreno, quemado por la bencina, destrozado por doscientas representaciones... ¡Utilizarán el tuyo! ¡Se lo he dicho! ¡Que por lo menos logres el beneficio de vender tus figurines! ¡Ya hay una promesa! Esta vez no me he callado nada...

—¿A quién? —preguntó Alice.

La animación de Michel decayó. Cogió, de manos de María, una taza llena y esperó a que la criada se alejara.

—Continúa siendo el grupo de Bordat y Hirsch —dijo—. Que conste que no creo en el porvenir de este asunto, y a mi modo de entender quieren volver a montar Daffodyl un año demasiado pronto. ¡Pero puesto que soy yo quien tiene el local!... Mientras se limitaron a la correspondencia, esto no quería decir nada. Las cosas se ponen serias únicamente cuando telefonan.

—¿Y quién telefona? —preguntó Alice.

Michel bebió, simuló quemarse los labios, se tomó un tiempo, contempló a su mujer, y, como ya no podía diferir más la respuesta, dio a su contestación un giro insultante.

—¡Pues Ambrogio, naturalmente! ¿Por mediación de quién me iban a telefonar, sino de Ambrogio? Es mi socio, si puedo osar expresarme de este modo.

Se levantó, se alejó unos pasos y volvió.

—¿Entonces...? ¿Qué es lo que se te ocurre decir?

Alice alzó hacia él su mirada más soñolienta.

—¿Cómo...? ¿Lo que se me ocurre decir? ¡Ah, sí! Pues bien, digo que sí.

—¿Sí, qué?

—Que haré los figurines.

—¿En cuatro días?

—Tengo cuarenta y cuatro bocetos... Para los vestidos de los *ballets*...

Michel dejó oír una risita irónica y comercial.

—No creo que el vestuario de los *ballets* te agobie demasiado...

—¿Ah?

—¡Bah! Cuatro bailarinas clásicas que bailarán de puntas...

—Taratana —repuso Alice.

—Sí. Y una buena pareja de bailarines acrobáticos.

—Desnudo, retales y *strass*^[11].

—¿Strass? —Dijo Michel en tono de protesta—. ¿Crees que nos encontramos en 1913? Nada de locuras. Lentejuelas, sí. Todo eso no hay que ir a buscarlo lejos... Además, tampoco es cuestión de ir lejos. Para los papeles, tampoco. Como comprenderás, gritarán de lo lindo...

Alice pareció despertarse, animarse:

—¿Para los papeles? Flores en lugar de plumas, cintas en vez de bordados, celofana para que parezca seda, y flecos que den sensación de lujo. ¡Como si lo viera...!

—¿Tienes los dibujos aquí?

—Todos. En mi carpeta violeta —concluyó precipitadamente.

«Esto se llama meter la pata», pensó mientras veía a Michel vaciar, con gesto amargo, su taza de café. «Es preciso que suprima de mi vocabulario la palabra “carpeta” y la palabra “violeta”, si no quiero ver cómo esta sensitiva dobla cada vez

sus hojas laceradas. Pero esta misma sensitiva conversa por teléfono, cordialmente, con Ambrogio. Tan extraordinario como extraño, como decía mi difunto padre...».

Frotó una contra otra sus manos, que se enfriaban, se estremeció a impulsos de una especie de vergüenza: «Resulta terrible calibrar todo cuanto ha cambiado entre nosotros. Dos palabras, y hele aquí encogido. Y yo que no pierdo ocasión de criticarle, como si fuera culpa suya el que yo me haya acostado con Ambrogio...».

—Michel, voy a cambiarme y bajo de un brinco a la aldea.

—¿A la aldea?

—No tengo nada con qué dibujar. Ni papel, ni colores, ni papel de calco...

—¿Quieres dibujar? —preguntó Michel con aire ausente.

—¡Vamos, Michel... mis vestidos!

—Es cierto, perdona.

—¿No necesitas nada?

Michel posó en su mujer una mirada que confesaba su constancia en sufrir.

—Sí. Pero lo que yo querría, tú no puedes dármelo.

Enrojeció como un jovencuelo, y entró en la casa a grandes zancadas.

A sus espaldas, Alice se mordió el labio, le trató de idiota romántico, tiró, rabiosa, la servilleta, y echó la cabeza hacia atrás para contener dos lágrimas entre las pestañas. Media hora más tarde, bajaba la ladera ofreciendo su rostro a las escasas gotas de lluvia. Por el camino, fue proyectando trajes, calculando precios de coste, y cogió las primeras endrinas: «Adornaré la cabeza de Daffodyl con esta cimera azul, cornuda...».

En el pueblo compró lápices de colegial, frascos de tinta roja y violeta, pastillas de acuarela destinadas a la primera infancia.

—Se los puede usted llevar a la boca sin peligro —dijo la tendera.

Alice ascendió la pendiente con paso animoso, se sentó por el camino para dibujar, en su cuadernillo de papel flamante, el vestido del Caracol. Una impalpable llovizna, semejante a la brumazón salada, se pegaba a sus empolvadas mejillas y a sus cabellos destocados. «Que me den una hora de soledad y un poco de trabajo para aclarar la tez y también el espíritu».

Cuando alcanzó el terraplén, sólo una franja de cielo dorado, a ras del horizonte, escapaba a la invasión de las nubes que se aproximaban henchidas de lluvia.

—Michel, ¿dónde estás? —gritó.

Fue María la que asomó en el umbral, enguantadas las manos de harina.

—María, ¿ha salido el señor?

—El señor está en la biblioteca. El señor no ha salido.

—¿Le llevó usted una infusión, María?

—Sí, pero el señor me la ha despreciado. No se la ha bebido.

María bajó sus elocuentes ojos, sacudió sus negros brazos que lucían mitones blancos.

—Es que el señor estaba al teléfono y quizá le molesté...

La criada alzó hacia Alice su nuevo rostro de aliada distante, y se alejó torpemente. «¿Otra llamada telefónica...? ¿Y no ha salido...? ¿Y no ha bebido...?».

Alice vaciló, luego cruzó el umbral, ruidosamente, tras de optar por un falso aturdimiento.

—¿Estás ahí? ¡Señor, qué oscuridad! ¡No tienes idea de lo que venden en este pueblo como material de pintura! ¡Y no hay forma de encontrar papel de calco! Bueno, así es Cransac. ¡No es el primer rincón abandonado de la mano de Dios que conozco...! He traído lo periódicos... ¿Algo nuevo?

Michel se agitó pesadamente en la penumbra, y no se levantó.

—No mucho... ¡Tengo una jaqueca tremenda! ¡Ah...! Telefonaron...

—¿Quién?

—Ellos, bueno, esa gente de Hirsch y Bordat... Esto desolado, querida, pero el asunto ya no sigue adelante.

—¿Qué?

—El asunto Daffodyl.

—¿Cómo?

—Sí. Ya no se monta Daffodyl en L'Etoile.

Se agitó de nuevo confusamente, dio una vuelta en el diván.

—¡Vamos! Vaya... —balbuceó Alice—. Eso es..., no hay derecho...

La joven tomó asiento, desató sus paquetitos maquinalmente, y encendió la lámpara del escritorio.

—Ahora, cuenta.

—Te he dicho que tengo mucho dolor de cabeza... —gimió Michel.

—Tomarás aspirina. Pero cuéntame ahora, inmediatamente, lo que ha pasado.

—¿Qué puedo contar? Cuando una cosa se ha hundido, hundida está.

—¿Cuestión de dinero?

—También... Complicaciones... Hirsch no puede aparecer en el negocio, ni como comanditario ni como director.

—Bueno, ¿y tú?

—No me quieren a mí solo. No estoy lo bastante ligado a ellos.

Alice contemplaba ávidamente la nuca cubierta de pelo, el cuerpo vuelto que hablaba a la pared.

—¿Y con Ambrogio?

Michel no contestó.

—¿Me oyes...? ¿Y con Ambrogio? Él es de los suyos, ¿no?

Vio la espalda de Michel agitarse a impulsos de una respiración entrecortada.

—Me das risa —dijo en tono condescendiente. Alice reflexionaba, mordisqueaba el tallo de la inútil endrina.

—Fuiste tú quien llamó a París —afirmó.

Michel respondió con un encogimiento de hombros y se volvió hacia la pared.

—Tú —dijo Alice, al cabo de un momento—, tú me has jugado una mala pasada.

¡Has enviado el asunto a paseo!

Michel se sentó, se arregló los cabellos con la palma de la mano.

—Sí, he mandado el asunto a paseo —repitió—. ¿Necesitas que te explique por qué?

—No —repuso Alice, con aire absorto—. No. Lo veo con suficiente claridad... En suma, tú hubieras sido simplemente una especie de segundo director cerca de Ambrogio, que está muy bien con los Hirsch... Mi trabajo con él para los trajes y los decorados... Comprendo... Has preferido cortar y mandar el asunto a paseo, ¿no es verdad? ¿No es eso, poco más o menos, lo que ha ocurrido?

—Más o menos, sí.

Michel, las manos apretadas entre las rodillas, se mecía adelante y atrás.

—¿Ha sido con Ambrogio con quién has hablado por teléfono?

—Por supuesto.

—Y... ¿qué piensa de tu negativa?

Michel se echó a reír sin mirar a su mujer.

—¿Ambrogio? Imagina, cree que en el fondo tengo razón. Que es una treta muy hábil. Que Hirsch y Bordat volverán a hablar de esto a la primera ocasión que se les presente; y entonces harán mejores proposiciones. Como puedes ver, no es posible ser más optimista.

—En efecto.

Michel cesó de balancearse, interrogó a Alice con mal disimulado esfuerzo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de mi negativa?

Alice reprimía e intentaba desembrollar los encontrados sentimientos que la agitaban.

—¿Yo? Pues que es una bonita manera de dejar de ganar dinero, pero que, en suma, eso es cuestión tuya. No tienes la costumbre de conceder mucha importancia a mi opinión, al menos cuando se trata de negocios.

—No juegues con las palabras, Alice. Hoy no me siento muy animado. Procura mirar las cosas desde otro punto de vista. Inspirar decisiones tan celosas, pasar antes que las cuestiones de dinero, antes que las razones razonables, antes... antes que todo, hay más de una mujer (en mi opinión, ¡en mi humilde opinión!) que se sentiría orgullosa...

—No te arriesgues nunca a decidir lo que enorgullece o deja de enorgullecer a una mujer, Michel.

—¡Oh! Lo sé muy bien...

Alice se inclinó y su boca audaz, su nariz de aletas aplastadas salieron de la zona de sombra.

—No, no lo sabes. Y yo tampoco consigo adivinar la idea que te has forjado de mí desde... Pero estoy empezando a creer que un hombre y una mujer pueden hacerlo todo impunemente, salvo conversar. Desde el otro día, cuando uno de nosotros habla, el otro escucha con una cortesía de sordo, o contesta desde Dios sabe dónde, desde

cien leguas de distancia, desde un arrecife en el que gesticula perdido, solo... ¡No, basta ya! Nos enfadaremos otra vez. Daffodyl ha muerto. Enterremos a Daffodyl.

Reavivó el fuego casi apagado, aplastó sobre su frente el flequillo de cabellos húmedos, y se sentó en su lugar favorito para esbozar, a lápiz, el casco cornudo y florido de una pequeña hada. Detrás de ella, en la oscuridad, un largo y tembloroso suspiro le dio las gracias. Alice se esforzaba en mostrar una expresión atenta ante su dibujo, lo juzgaba estirando los brazos, ladeada la cabeza y los ojos entornados. Oía la lluvia fina, el fuego murmurante, el pequeño reloj con cara de lechuga colocado cerca del techo, y pensaba: «Sólo son las seis. Estamos a sábado... Aún quedan diez días enteros». Abandonó el traje del hada por el de la libélula. «Alas de celofana... Todo el cuerpo con placas articuladas, de un metal ligero, sencillamente pintadas al duco. Veo unos verdes y unos azules preciosos. Los ojos, ¡oh!, los ojos... Dos bolitas irisadas a cada lado de la cabeza... Es bonito. Pero resulta más de revista que de opereta...». Tachó el dibujo y dejó vagar el lápiz, obsesionada por el musical golpeteo de la lluvia en el balcón, por debajo del canalillo del tejado, que estaba agujereado.

—Y, además —dijo de pronto la voz de Michel—, quería que saliéramos para París esta tarde, o, a más tardar, mañana por la mañana...

Alice no contestó, rompió el esbozo y empezó a trazar, en una hoja blanca, dibujos de pestillos de puerta y tapar radiadores.

—En este momento, volver a ver, volver a ver..., a esas gentes... —prosiguió la voz—. Palabra, no es que me alabe, y quizás es muestra de poco carácter, pero he de confesar que... ...que es una tarea superior a mis fuerzas, —terminó Alice en su interior.

«Cuando Michel empieza una frase, siempre puede dejar que otro se la termine. Lugares comunes y tópicos, tópicos y lugares comunes. Pobre Michel mío, cómo le trato... ¿Cómo le trataría si no le quisiera? Lo que estoy dibujando ahora es horrible. Es al estilo de la clase de primero de la Academia. Jamás me atreveré a proponer estos horrorosos diseños a los Ateliers Eschenbach... Jamás...».

Hizo una pelota con la hoja de papel, cogió los lápices de colores, intentó dibujar un juego, collar, cinturón y brazaletes, que en principio le gustaron.

«Unas placas de cristal grueso... Aquí bolas de metal, y de maderas preciosas... O huesos de ciruela laqueados... Total: pacotilla infame estilo Uganda. ¡Ah!, no estoy en forma...». Apartó los lápices y el cuadernillo de papel, escuchó la gota de lluvia que caía musicalmente en un charco de agua. «Dice, cantando: mi, sol, sol, mi, sol, sol sostenido...».

—Si al menos... —prosiguió la voz vacilante—, si al menos tuviera este consuelo... No. ¿Qué estoy diciendo? Después de todo, sí, sería un consuelo. Si pudiera decirme que sólo una rebelión de los sentidos...

Alice apretó los dientes: «Empezamos de nuevo».

—Una brutalidad sensual es casi siempre, en la vida de un mujer (hablo de una

mujer equilibrada), una crisis excepcional, un pasaje morboso... ¿Me comprendes, Alice?

—Muy bien.

«... Y además no suelto la carcajada —continuó en su interior—. Es verdad que desde hace algún tiempo me cuesta reír. Pero ¿por qué razón un hombre no puede hablar jamás de la sensualidad femenina sin decir enormes tonterías?».

Michel, animado, se puso en pie, empezó a dar grandes y vigorosos pasos abriendo los brazos para expresar que iba más allá de la equidad, en busca de la mansedumbre. Pero cuando llegaba al fondo de la habitación, entre las dos estanterías de libros, giraba sobre un talón con una violencia que desmentía cada vez su laboriosa bondad.

—Un devaneo, bueno, un devaneo... Lo admito...

Si todavía... ¿Qué quieres que te diga? Estoy hecho así...

Alice le concedía ora una mirada a hurtadillas, ora su oído sensible, mientras dibujaba despreocupadamente. Recogía briznas de frases, variaciones sobre un tema tenaz que llamaba «el tema si todavía». Michel se detuvo junto a la mesa, utilizó el encendedor para prender un cigarrillo, y lo desencajado de sus facciones ocupó por entero el espíritu de Alice. «¡Cuántos destrozos en tan pocas horas...! Tiene un aire ridículo. Resulta mortalmente fastidioso, pero está muy desmejorado. Come mal, apenas si prueba la carne. Soy capaz de soportar cualquier cosa, menos verle desmejorar. Esa cara que se contrae, el ojo izquierdo encogido y esa risita forzada... ¡Mi pobre Michel! Tiene el mismo aspecto que cuando la quiebra de Speleïeff nos dejó plantados en medio de la calle y todo acabó con una paratifoidea...».

Frunció las cejas, agitada por una tierna malevolencia, que aún no distinguía su meta, pero que, de antemano, se interponía entre Michel y la enfermedad, Michel y el peligro, Michel y las heridas que le llegaban de manos de Alice... Le siguió en su ir y venir de monomaniaco, bajó los ojos porque ella le había contemplado ardientemente.

—¿... Y confesarás que no estoy del todo equivocado? Alice... ¿Y bien, Alice?

—Perdón.

—¡Diantre, ni siquiera me escucha!

Pasó su mano abierta sobre la cabeza de su mujer con indignada suavidad.

—Mi pobre y pequeño monstruo... —murmuró. Alice se disculpó con una forzada sonrisa.

—No debes enfadarte conmigo, Michel. Intento recoger los pedazos... ¿Es que todos los días vas a romper algo? Deja que permanezcamos un poco tranquilos, por lo menos un poco silenciosos.

Empujó la lámpara hacia él.

—Anda, repartámonos los periódicos. Yo me quedo con las revistas ilustradas...

«Hace que me vuelva cobarde —pensaba Alice—. Lo terrible es que me estoy acostumbrando a esta situación. Si hace dos días me llega a tratar de pobre y pequeño monstruo, hubiéramos visto algo bueno. ¿Cuántas horas hace que no nos hemos

insultado? Si le dejara hacer, él se acostumbraría. Ser desgraciado todos los días, todos los días, al menos todos los días durante un año. Y en las fiestas de campanillas, abrazo lleno de vergüenza, remordimiento suplementario, evocación erótico-infernal del famoso Ambrogio... ¡Ambrogio! Piensa en Ambrogio».

Recompuso fríamente el rostro del esbelto nizado, cuyos negros cabellos brillaban como un plumaje. «Era bonito el tono de los labios apenas rojos, más bien de un beige sanguíneo... Poseía unas encías adorables, que engastaban los dientes como pequeñas arcadas rosadas... ¡Y cuántos otros méritos!...». Al hablar de él empleaba el imperfecto, como si fuera un difunto. «¡Pensar en Ambrogio...! ¿Es que yo pienso en ello?».

Bajó, sin hacer ruido, la revista ilustrada que hojeaba. Las breves sacudidas de un periódico desplegado entre las manos de Michelcontaban los latidos irregulares y rápidos de un corazón fatigado.

«Él sí que no hace más que pensar en ello. Esperaré dos o tres días... Y luego me arriesgaré...».

III

Esperó, pero cometió la torpeza de dejar traslucir que esperaba. La espera, el zumbido ligero de la sangre en los oídos, el campanilleo cotidiano del teléfono, el cascabel colgando de la bicicleta del cartero, los trenes invisibles que cruzaban el río y que abandonaban, encima del valle, su nube horizontal y blanca; todos los sonidos, todos los aspectos recordaban a Alice el cálculo del tiempo, y tendía el cuello con expresión un tanto alucinada.

—¿Qué escuchas? —preguntaba Michel. Ella mentía serenamente.

—Un ratoncito en el techo... Me parecía que la contraventana de la cocina golpeaba...

Una noche la sorprendió Michel fingiendo leer, los ojos perdidos en la zona de sombra que reinaba entre las dos estanterías.

—¿Qué hay allá abajo que parece tan interesante?

—Nada. La oscuridad —contestó Alice.

Michel sonrió.

—¡Ah! ¿Tú también estás contemplando la oscuridad?

—Sí, yo también... Nos divertimos mucho —murmuró Alice en tono melancólico.

Volvió hacia él su garganta aún flexible y llena:

—Michel, ¿no quieres que regresemos mañana a París?

Él encogió todo su rostro, se puso a la defensiva:

—¿A París? ¿Estás loca? ¿Cuándo aún nos quedan nueve días de vacaciones antes de relevar a Ambrogio? ¿Cuándo estoy tratando de recobrar mi equilibrio...?

—Nada de gritos —exclamó Alice—, las ventanas están abiertas.

—¡Vete, vete tú a París! Yo no obligo a nadie a aburrirse aquí, no espero ayuda de nadie, comprensión, el...

—Bueno, bueno, digamos que no he dicho nada. Yo aquí no me siento mal.

Michel se puso los lentes y escrutó el rostro de su mujer.

—No es cierto —dijo con rudeza—. Tú te sientes mal aquí. Pero no veo por qué ibas a sentirte bien. ¿Por qué ibas a sentirte bien, tú que no lo has merecido?

—Porque lo deseo.

—¡Bonita razón!

—¡La mejor! ¡Se te ocurre ahora hablarme de méritos! ¿Qué tienen que ver tus méritos con la necesidad de respirar hondo, de tener un buen aspecto, de no flagelarse cada mañana?

—Harás bien en no hablar más que de lo que conoces —repuso Michel—. ¡Flagelarse! Las mortificaciones y tú...

—Di: las mortificaciones y nosotros... Excepto que más de una vez te has mordido la mejilla por dentro para impedirte partir la cara a gentes de negocios, excepto que yo sé prescindir de lo superfluo, es decir, de vestirme y descansar, para

conservar un poco de lo necesario, somos tal para cual en materia de ascetismo.

—¿Lo necesario? ¿Qué necesario?

Alice se encogió de hombros a su manera, como si quisiera quitarse el vestido y marcharse desnuda.

—El amor, por ejemplo, nuestro amor. Un coche, cuando me gusta. El derecho a insultar a algunas personas. Un traje sastre viejo, pero debajo una bonita camisa. Bebo agua todo el año, pero necesito una nevera para que esté helada. En fin, muchas cosas insignificantes... Eso es lo necesario.

Se alejó para no verle emocionado, haciéndose una gran promesa: «¡Mañana, no más tarde de mañana!».

La noche siguiente durmió poco. Al empezar las noches se sentía alarmada, sin energías y estremecida, y sólo se tranquilizaba entre la medianoche y el amanecer. Tocando la pared con frente y rodillas, se mantenía lo más alejada posible de la cama contigua, donde Michel, inmóvil, respiraba sin hacer ruido, bajo los efectos de una dosis doble de aspirina.

«Soy yo la que la he aconsejado que doble la dosis —pensaba Alice—. Un gramo es mucho. Con un gramo no le oigo respirar. Qué poco civilizadas son las camas gemelas y paralelas, y qué incorrección. La cama única tiene disculpa. Pero estas camas gemelas, estos puestos de observación... Durante las vacaciones de verano cambiaré esta habitación insuficiente... Pero ¿cómo serán las vacaciones de verano?».

Los elementos dispersos de un sueño mezclaron la imagen de las torres bajas de Cransac, la silueta de Chevestre alto y negro —«como un cura, como un cura», canturreaba Alice—, un enjambre de papeles multicolores, diluyéndolo todo en la densa sombra que se estancaba entre las dos bibliotecas silenciosas e impasibles, y Alice, en sueños, creyó que se levantaba, recogía los papeles y huía. Pero la voz del primer mirlo rechazó súbitamente la deslumbradora monotonía de los ruiseñores, forzó el umbral del sueño y habló de aurora a Alice, la cual desdobló las rodillas, aflojó los brazos anudados y, tranquilizada, se sumergió en el sueño.

Al día siguiente, su preocupación despertó antes que ella, y los últimos instantes de su sueño repitieron: «Mañana, mañana es el día...».

«No, hoy es el día», rectificó abriendo los ojos.

Michel, el rostro pálido y tranquilo, dormía como arrebatado a sí mismo. Alice no le despertó, y mirole con conmiseración: «Cuando duerme, parece joven... Hoy es el día. Siendo así, necesitamos una buena comida». Se calzó los mocasines, se cubrió con el muletón blanco y se fue a buscar a María, que vaciaba las cenizas de la cocina y vigilaba, humeantes encima de las brasas del hornillo de carbón de leña embaldosado con antiguos azulejos azules, la leche y el café.

—María, quiero que el señor recupere el apetito.

—Yo también lo quiero.

Se percató, de un vistazo, de la palidez y la fatiga de Alice y frunció preocupada

su ancha frente descubierta.

—Si es cuestión de la cocina... —concluyó—. ¡Apártese por favor, señora, la leche empieza a hervir!

Metió una cuchara en la leche que ya subía y retiró la cacerola del fuego. Estaba tocada de blanco, y vestida de negro para toda la vida. «¿Se desnudará alguna vez?», se preguntó Alice.

—¿Qué tiene en el brazo, María? ¿Una quemadura? ¿Se ha cortado?

—Nada de nada —repuso la criada.

—Nada de nada bajo una venda muy mal sujeta.

—¿Es buena la mantequilla para las quemaduras?

—No está mal. Pero hay cosas mejores... y también en vendajes.

—Por ser el trabajo de una sola mano no está tan mal. Fíjese, señora: puesto con una mano y atado con los dientes.

—¿Y su marido no ha podido ayudarla?

Los ojos de María brillaron y rieron entre sus arrugas.

—Me ayudó mucho. Pero no a vendarme.

En pie, y de idéntica estatura, ambas hablaban con voz moderada. Alice rompía y comía las puntas del pan tostado. El aroma amargo del café humedecía su boca seca, mientras se concedía una pausa reparadora. «¡Qué limpio, qué ordenado, qué femenino es aquí todo...!» Tuvo ante ella, de súbito, la viva imagen del estudio de Vaugirard, su desorden superficial y su limpieza complicada.

—Quítese eso, María. Voy a ponerle un linimento estupendo.

—¿En mi cocina? —dijo María, molesta.

—En su cocina, claro.

La criada, por pudor, colocó una tapadera encima de la leche. Luego, con la mano libre, desenrolló su vendaje con solemne lentitud, y tendió a Alice su antebrazo como si hiciera entrega de las llaves de una ciudad rendida.

—¡Oh! —Exclamó Alice—. ¿Fue agua hirviendo, o el borde de la plancha de la cocina?

—Nada de eso, señora. El atizador.

—¿El atizador? ¿Cómo el atizador?

Se miraron y María explicó risueñamente:

—Se trata de una adivinanza. ¿La señora no adivina quién me ha hecho esa ampolla tan grande?

Señaló con la barbilla, por la ventana abierta, el huerto y los bancales de legumbres.

—Ha sido aquel gordinflón... El imbécil. Ese de las nalgas gordas. El mandria.

—¿Su marido? ¿Qué le pasa?

—Se venga.

—¿De qué?

—De que es mi marido y yo soy su mujer. Con eso basta. ¿La señora no lo cree?

Reía despectivamente mientras se apretaba la ampolla llena de agua y el círculo de carne que la rodeaba.

—¡No se toque la quemadura! —Exclamó Alice—. Vaciaré primero la ampolla...

«¿La señora no lo cree? —Se repetía en su interior—. Sí, sí, la señora lo cree». Atareada, evitó contestar, y María, comprensiva, se conformó con su silencio.

—Entonces, ¿los señores desean una buena cena para esta noche? Es tarde para decírmelo. Eso me obliga a echar mano de los animales del gallinero... ¿Y si hiciera los pichones como perdices? ¿O si Escudière matara media docena de pájaros? ¿Y si pusiera el pato? Pero la carne de pato siempre produce pesadillas...

Mientras hablaba, Alice vendaba un antebrazo sin carne, liso, de huesos ligeros. Bajo la piel arrugada, bajo las cicatrices antiguas y las callosidades de ámbar, leía la historia de una mano que había sido bella. Manejaba unos dedos de largas falanges, una palma áspera y cálida como si fuera una espaldera...

—¿No le hago daño?

María contestó con un gesto, y por todo agradecimiento dijo:

—¡Eso se llama un trabajo bien hecho, señora!

Pero, antes de bajarse la manga, apretó contra su mejilla inclinada el vendaje blanco, como hubiera hecho con un recién nacido fajado.

—Tengo tres cartas —anunció Alice.

—Que no valen nada —repuso Michel.

Estaban intentando jugar al *piquet*^[12]. Alice jugaba con el cigarrillo en los labios, la cabeza inclinada sobre un hombro y pestañeando sin cesar.

—Deja el cigarrillo —le aconsejó Michel.

—¿Por qué?

—No es bonito. Y esa manera de fumar no es elegante.

—No sé jugar ni fumar de otra manera. También tengo una escalera.

Tosió.

—¡Lo estás viendo! El humo de la colilla te pica en los ojos y te hace toser. Es curioso constatar que, cuando las mujeres adoptan una costumbre masculina, la adoptan con todo cuanto conlleva de negligencia y a menudo de fealdad. Y éste es justamente tu caso.

—Bien, mamáita —exclamó Alice—. Tengo una escalera, y prefiero que sepas de una vez que es mayor, y de tréboles. Espero tu respuesta.

Michel tardó en contestar, y al alzar los ojos, Alice leyó en su rostro la cólera del deseo, la necesidad de dominar y poseer. «¡Vamos! ¿No complicará esto las cosas?».

Cuando él hubo contado los puntos que ella anotaba en un bloque de notas, Alice se llevó deliberadamente un nuevo cigarrillo a la comisura de los labios, acentuando el porte de abandono de su cabeza. Le hacía sentirse feliz que el conflicto y todos sus riesgos les condujeran hacia un terreno peligroso y conocido.

La víspera había sido en vano que presentara a Michel una cena largamente preparada, repleta y succulenta.

Él la despreció, contentándose con beber y gritar: «¡Brava, bravi, bravo!» a María, distraída y un poco fría. «María —pensaba Alice— es como los animales de buen olfato, que se apartan del hombre o del animal heridos o enfermos. Esperaré veinticuatro horas más...».

Desde la víspera, por cobardía tanto como por diplomacia, alargaba el tiempo y lo aplazaba todo para el día siguiente. Desde la víspera, una furiosa lluvia inundaba la comarca, colocando sobre Cransac una cortina a través de la que Alice y Michel, recludos, distinguían la mancha empañada de las cañafístulas de rosados racimos, de los espinos rojos, y contemplaban en la terraza el azotar del agua que brotaba como ventosas de agua. Desde la víspera, no tenían más distracción que los libros, el fuego, la misma flexibilidad de la lluvia, «una lluvia que parece de película», decía Michel.

María corría, el delantal en la cabeza, hacia la leñera.

El marido de María, para bajar al pueblo, se levantaba con el mayor cuidado el estrecho cuello de su chaquetón, y abría un paraguas agujereado. Pero Alice y Michel se cansaron pronto de las noticias de la lluvia y de las bruscas fechorías del río, lúgubrementemente narradas por María.

—¡Señor, el agua está entrando en el huerto! ¡Y la carretera está cubierta de agua! ¿El señor ha visto nunca nada parecido?

—Sí —respondía Michel—, más o menos diez veces en diez años. ¡Pero es que tú tienes una memoria de niño recién nacido!

La víspera, febril y ociosa ante la ventana, Alice suplicaba a Michel con la mirada, mostrándole los barrotes plateados de la prisión de agua.

—Ten un poco de paciencia —contestó Michel—, no se viaja en automóvil bajo un diluvio semejante. En cuanto escampe, pensaremos en el regreso. La verdad es que la primavera parece haberse malogrado...

Desde la víspera, no se habían hecho el menor reproche, no se habían causado ningún daño. «La tregua del agua», pensaba Alice...

Barajó las cartas, las repartió, y abrió su juego en abanico, inclinada la cabeza y en los labios el pitillo.

—¿A qué Lautrec te pareces? —preguntó Michel. Con mirada apagada, Alice advirtió que su marido la estaba mirando con animosidad.

—Seguro que a un Lautrec de mala reputación. Cuidado, Michel. ¿Sabes que sólo me faltan veintidós puntos? Juegas como un novato.

Por la interpretación que daba a un calor sordo, a un malestar próximo al placer, captaba la agitación de su marido. Imaginó su abrazo, cierto libertinaje favorito, la gratitud protocolaria que le seguiría. «¿Y después...? Después, ya no me atreveré, ya no querré hacer lo que he decidido. Después, él me concederá quizá demasiada importancia. Vamos, vamos...». Apagó su rostro, dejó el cigarrillo, sumó unas cifras con el aire de aplicación que Michel llamaba un aire europeo.

—Me debes unas sumas enormes, Michel. Treinta y dos francos. Has perdido con una obstinación...

Se abstuvo de la chanza tradicional sobre la suerte y el amor.

—¿Me concedes el desquite?

—No, Michel, tengo el tupé de abandonar la partida. Y hasta me obsequiaré con una copita de anís.

Detestaba los alcoholes secos, sólo le gustaban los licores con consistencia de jarabe, perfumados con vainilla, hinojo y naranja. El frasco repiqueteó en su mano al chocar contra el vaso. «Es ridículo, me tiembla la mano...».

—¿Qué pasa? —preguntó Michel.

Alice conocía aquella voz cuyo tono se había elevado y que se tornaba excepcionalmente clara a impulsos de la ira o de la sospecha. Al regresar junto a Michel, se bebió de un sorbo la mitad de la copa y se recobró.

«Tiene oído de liebre... Si me conociera menos, podría contestarle: “Un poco de paludismo...” y me haría la interesante. Pero sabe que jamás he tenido paludismo. Ni tampoco una indigestión. Ni nada... salvo un poco de hambre de los quince a los veinticinco años... ¡Ah!, la época en que casi no nos conocíamos, cuando todo el mundo le hablaba de mí diciendo: “Sí, es la menos mona de las cuatro”. ¡Cuánta novedad! Me examinaba de pies a cabeza y decía sorprendido: “¡Toma...!” y yo le escuchaba: “¡Oh...!”. Era hermoso. Hacía las veces de director de La Cancaniére, que no producía tres francos, pero su infame establecimiento de limonada y canciones era una mina de oro...».

Suspiró en silencio y profundamente. La lluvia uniforme y sorda bailoteaba sobre las tejas de las sonoras buhardillas. El canalón agujereado se vaciaba en el balcón con grandes sollozos, y unas gotas espaciadas, que caían en el fuego por la chimenea sin sombrerete, silbaban sobre los tizones remedando el llanto de la madera húmeda. Michel, friolero, desplegó cuidadosamente encima de sus rodillas la manta bordada por las polillas y las chispas.

—¿Tú también tiemblas? Pero en ti es un poco de fiebre. Yo tengo otro motivo, Michel...

«¡Ajajá! —se dijo—. Así quemaré mis naves y me veré obligada a hablar». Sin embargo estuvo a punto de callarse. Al instante, Michel comenzó a mirarla de hito en hito con expresión inteligente, con ojos que no interrogaban.

—Michel, debo decirte...

Él se llevó a hurtadillas una mano a la región del hígado, la retiró para llevársela luego al cuello y aflojarse la bufanda de seda.

—No, Michel, no quiero hacerte daño. Al contrario, no temas...

Alice le tendió su larga mano temblorosa, pero él, dando un ligero brinco, se apartó lo suficiente para que ella no le tocara.

—¿Miedo? —exclamó—. ¿Pero es posible? ¡Miedo! ¡Yo no tengo miedo! ¿Quién te imaginas que eres?

Alice se arrepintió de haber pronunciado la peor palabra, aquella que la susceptibilidad masculina no acepta nunca, y aún agravó su torpeza:

—Me expreso mal... Quería que comprendieses que... que no es muy grave, lo que quiero decirte...

Tartamudeaba y la barbilla le temblaba.

—Pues parece bien desconcertada... ¿Quieres decirme algo que no es muy grave? Si he de creer a tu semblante, tampoco debe ser muy agradable... Pero tómate el tiempo necesario, querida, tómate el tiempo necesario.

Tendió el oído a la diminuta cascada del canalón, posó sobre su mujer unos ojos dorados y zumzones.

—Esta noche no pienso salir.

Alice se encogió de hombros.

—El humor, y en particular este humor, no nos ayudará al uno ni al otro. Entre nosotros, no hay nada fácil, Michel.

Se sentó, aturdida por la pequeña cantidad de anís que había bebido, y palpó con la punta de los dedos, en el bolsillo de su blusa de marinero blanca, un papelito doblado.

—Michel, quisiera decirte la verdad y dejarlo resuelto todo para siempre.

Sin rendirse, Michel se echó a reír.

—¡Otra vez! ¿Quieres contarme otra vez la verdad? En primer término, ¿qué verdad? Conozco una, y confieso que me basta ampliamente. Hasta diré que me sobra bastante de ella. ¿Quedan otras más? ¡Diablos...! *Il pleut des vérités premières. Tendez vos rouges tabliers*^[13]... ¿Eh...? ¿Qué te parece?

—¿A mí? Nada. Espero a que hayas acabado. ¿Tan difícil es ser sencillo?

Michel bajó la vista, cambió de tono y de expresión.

—Sí, hija mía, es muy difícil, te lo aseguro. Cuando hay que soportar lo que yo soporto, se tienen justo las fuerzas precisas para no ser sencillo, es decir, para poner más o menos buena cara, para no lanzarse a cualquier cosa, a la bebida, al río, a las cosas que duermen...

Se sentó pesadamente, no lejos de Alice.

—Resulta curioso, de todos modos, que uno dependa tanto de la calidad de un sufrimiento, de la calidad de una traición... Nunca lo hubiera creído. Te lo he dicho una vez, dos veces, veinte veces: si por lo menos...

Alice se puso en pie precipitadamente y corrió hacia él...

—¡Justamente! ¡Oh, Michel! Escucha, la culpa es mía, debí de haberte hablado antes... Michel, es una suerte...

Demostraba demasiada alegría y se dio cuenta de ello: «Eh, tú, que no se trata de una fiesta de cumpleaños...». Hubiera querido que se mostrara ya curioso, lleno de ansiedad. Pero Michel se apartaba de ella, inclinando el hombro, achicados los ojos. Y ella recurrió al suave encanto de su voz quejumbrosa:

—¡Ayúdame un poco, Michel! ¡Fíjate en lo que me cuesta!

—Lo que veo, sobre todo —repuso Michel—, es que parece una corriente de aire. ¡Cuántos preámbulos y rodeos! ¡Cuánto ruido! ¡Qué ruido arma la verdad!

Alice enrojeció, humillada en sus intenciones de pacificadora.

—Bien. Entonces iré de prisa y ahorraré palabras. En efecto, me has repetido muchas veces que hubieras preferido...

Se dominó.

—... Que hubieras concedido menos importancia a...

Michel rechazó, con la mano, las palabras que su mujer iba a pronunciar:

—Y que tú indulgencia, tu comprensión por lo menos...

—Claro que sí, claro que sí...

—... podían haberse logrado por...

Michel cerró el puño, lo apoyó contra sus dientes:

—¡Oh, Santo Dios! Pasa por alto...

Alice estalló, violentamente arrastrada lejos de toda moderación:

—¡Pues bien, me acosté con Ambrogio porque tuve ganas de ello, únicamente porque tuve ganas! ¡Y dejé de acostarme con él porque ya no tuve más ganas! ¡Jamás, fuera de esto, ese idiota de nizado me ha inspirado el menor interés! ¡Esto es lo que tenía que decirte!

Abrió violentamente la ventana, recibió sobre su rostro sofocado un golpe de fría lluvia, una bocanada de viento que traía el olor del mantillo inundado y cerró las contraventanas. Michel no se había movido, y al verle inmóvil, Alice se sintió llena de vergüenza.

—Me has obligado a soltar eso de un golpe... —dijo—. Yo sólo quería...

—Tranquilizarme —repuso Michel.

—Sí —contestó Alice ingenuamente—. Quería que estuvieras más contento... ¿Te sientes más contento ahora?

—Dios mío, no es precisamente ésa la palabra exacta...

Michel sonreía, errante la mirada, sin otra emoción aparente que su palidez:

—Comprende, acabas de declarar: «Te he mentado, las cosas han variado, ese tipo ya no es un “muchacho comprensivo” ni un “amigo culto y simpático”, sólo fue cuestión de un... ¿cómo diría...?, de un rico pasatiempo, ¿eh?».

Alice no encontró palabras que contestar y se sintió enrojecer hasta los cabellos.

—Es muy bonito, querida, muy bonito —prosiguió Michel—, pero ¿quién me garantiza que no has cambiado de explicación sólo por complacerme, como tú dices?

Alice palpaba secretamente en su bolsillo unos papeles doblados, a través de los cuales su memoria releía cortas frases... «¿Un remedio...? Pero un remedio tan ruin...». Michel la contemplaba con una expresión insoportable de astucia policíaca.

—No niego que siento deseos de creerte. Pero no exageres mi buena voluntad. A mi buena voluntad le gustan las cosas sólidas. A ti te toca demostrar que asimismo no has desdeñado apoyarte, si me atrevo a hablar así, en unas realidades, ¡ja, ja!, en unas realidades vigorosas.

Alice no pudo soportar más la risa ni el discurso.

Su mano, en el fondo del bolsillo, arrugaba los papeles, que blandió con el puño

cerrado. Michel, como si esperara el ademán, le cogió la muñeca, y, uno a otro, le fue abriendo los dedos.

—¡Ah...! Devuélveme eso... es mío —gimió Alice consternada.

Pero no intentó recuperar lo suyo, que oía crujir suavemente entre las manos de Michel como si fuera paja encendida. Michel ya no se ocupaba de ella. Vuelto a la realidad, a una viva percepción de su sino, le bastaba la captura de los papeles y su suave crepitar de billetes nuevos. «Es el mismo *foreign paper* —pensaba—. Ahora ya tengo el nido». Respiraba con avidez, ya no encontraba ni barra dolorosa que le oprimiera el costado en mitad de su respirar, ni «si al menos...» interpuesto entre él y el placer de vencer. Se felicitó: «¡Pobre Alice, la he pescado bien!».

—Bono, bono —dijo maquinalmente.

Se había atrincherado detrás del escritorio, dejando a Alice lejos, despojada. Empezó a desplegar las cartas cuidadosamente, procurando no romperlas y, a veces, soplaba los finos papeles, como el cazador las ligeras plumas de su botín. Finalmente, las tuvo bajo el dorso de la mano, y con la otra mano, ahuecada como una concha, parecía proteger del viento una llama.

Al pronto, su rostro y sus ojos se mostraron casi alegres debido a la avidez. Su barbilla proyectaba hacia adelante el barboquejo de barba joven, definida, perfilada. Desde las primeras palabras, tuvo que valerse de los lentes. Alice apoyó entonces la frente en las palmas de sus manos, y se dedicó a escuchar la lluvia. Pero la lluvia caía tan monótonamente que dejó de oírla. Su corazón y el péndulo del singular reloj de pared llevaban un compás desigual, con el que se divirtió unos instantes: «Mi corazón late en tresillos sobre las corcheas del reloj... Aquí hay una idea para Bizoute... La llamaría Canción lúgubre, como todo el mundo, o bien La hora mortal...».

Alzó la frente, y vio que Michel ya no leía.

—¿Has acabado?

Michel envió hacia su mujer una mirada turbada tras los espesos cristales.

—Sí. He acabado.

—Supongo que te has enterado...

—Yo... Sí. Dime... ¿Tú... tú le contestabas?

Alice le miró con sincera sorpresa.

—¿Yo? No.

—¿Por qué?

—No tenía nada que decirle. ¿Qué podía escribirle? ¿Por qué le iba a escribir?

—No sé... Emulación... Gratitud. Entusiasmo... Un pequeño torneo epistolar... Si las otras cartas no son inferiores a estas muestras...

Alice se puso en pie de un salto, pasó detrás de Michel y se inclinó sobre el escritorio.

—¡No, Michel, no! Tienes en tus manos toda esa fea historia. Una, dos, tres cartas... Una, dos, tres semanas... Un sueño sucio, pero breve.

¡Un horror como ése no tiene, a Dios gracias, ocaso! Además, en una de las cartas

hay una fecha, me parece que es en ésta...

Su dedo, al enseñar la carta, se posó por azar encima de una palabra cruda, y no tuvo tiempo de retirar la mano, que Michel cogió, torció y rechazó antes de que ella hubiera gritado.

Alice se frotó en silencio la mano magullada, y no necesitó explicación. Mientras Michel rasgaba en menudos fragmentos la hoja transparente, la joven pensaba, a impulsos de pensamientos de filántropo decepcionado: «Vamos, no valía la pena... Una se esfuerza en arreglar las cosas lo mejor posible, y he aquí la recompensa... ¡No me pescarán más...!». A medida que el dolor de sus dedos retorcidos se iba calmando, se mostraba más severa consigo misma: «He hecho lo que, sin duda, jamás debe hacerse: descubrirle mis hábitos voluptuosos, mis otros hábitos voluptuosos... Pero ya está hecho. ¿Sanará más pronto que de una enfermedad cualquiera, producida por el orgullo sentimental...? Me lo ha prometido. Me ha dicho y repetido infinidad de veces, que si al menos...».

Sacudió su mano dormida, fue a sentarse frente a su marido. Éste se había puesto los lentes, y terminaba de romper las otras dos hojas, llenas de una fina letra color violeta.

—¿Y bien, Michel?

—Y bien querida... ¿Te he hecho mucho daño en la mano?

Alice sonrió y recordó la risa de María:

—Ni tanto así —repuso—. Pero... ¿y tú?

—Bien, querida —repitió—, bien, pienso que esta pequeña ducha sólo tendrá..., sólo producirá efectos beneficiosos...

—Tira —dijo Alice señalando al fuego.

—Encantado.

Michel hizo arder las mariposas de papel, y se volvió a sumergir en el silencio.

—¡Oh! —exclamó Alice sobresaltada—. ¿No oyes cómo ha dejado de llover?

—Es verdad —asintió Michel cortésmente.

—Michel, ¿no te preguntas por qué tenía esas cartas aquí?

Michel alzó sobre su mujer una mirada de la que se hallaban ausentes —así pensó ella— la censura y una elemental y vengativa curiosidad.

—Sí —contestó—. Precisamente me lo estaba preguntando ahora. Pero pensaba que no valía la pena, que ya no merecía la pena hacerse esta pregunta.

—Tienes razón. ¡Ah, Michel! —se aventuró a decir Alice con humildad afectuosa—. ¿Quieres que salgamos de esto sin grandes daños?

Se dejó caer en el suelo junto a él, con una rendida facilidad que Michel denominaba «el truco de la culebra». Pero se acordó de que una concisa frase de Ambrogio calificaba de otra forma la flexibilidad de Alice, y en su memoria fiel empezó, sin olvido ni falta, a releer las tres cartas.

Permanecieron pensativos, los ojos en el pequeño fuego, donde las brasas se convertían poco a poco en ceniza blanca. El canal hipaba aún, pero el tambor que

retumbaba sobre las tejas había callado. Murmuró el viento, llegado de lejos y traído por las frías aguas del río, y con él se elevó la imperturbable y melodiosa voz de los ruiseñores mojados.

—Dice Chevestre... —empezó Alice levantando un dedo—. ¿Te sorprende que cite a Chevestre? Dice que cuando cesa de llover por la noche, es que el alba no está lejos. Michel, ¿y si fuéramos por fin a descansar?

Bajo la satinada visera de sus cabellos, sus ojos, tan pálidos a la luz artificial, enturbiados por rojas fibrillas, y sus párpados hinchados, daban a su rostro una expresión de mujer ebria que tiene el vino triste...

Pero, tal como estaba, Michel la encontró exacta a cierta Alice dichosa en sus brazos, abismada y muda, la Alice de veintiséis años que no salía de su asombro al conocer el placer. Tuvo valor para hablarle dulcemente:

—Vete a acostar en seguida. ¿No te molesta que me quede un poco aquí?

La joven se sintió llena de inquietud, se levantó.

—Pero Michel... preferiría... Si te molesto en el dormitorio... Sabes que yo duermo en cualquier sitio... El diván, y mi edredón...

Michel le interrumpió pacientemente.

—No sería lo mismo, querida. Tengo atrasado el correo, y el acto de escribir, que tanto detesto, me pondrá los nervios en su sitio, y me producirá el sueño. ¡Te lo aseguro! Anda, por favor, vete en seguida...

Alice se levantó a disgusto, separó y empujó hasta el fondo de la chimenea los últimos tizones, tocó la botella tibia.

—¿Quieres agua fresca, Michel?

—Esta sirve, gracias.

Ella bebió, hizo una mueca, se entretuvo en recoger los periódicos esparcidos, deslizó un libro debajo de su brazo, apoyó la mano en el pestillo de la puerta y se volvió.

—Michel, no me dices nada...

Se sentía tímida, dominada por un embarazo desconocido.

—Te digo buenas noches, querida, puesto que te vas a acostar.

Sentado en el escritorio, un lápiz azul entre los dedos, Michel hojeaba el archivador con aire de importancia.

—Pero mañana, Michel...

Éste le lanzó, a través de los lentes, una mirada tan viva e indescifrable que ella se interrumpió.

—Mañana todo irá bien, querida.

—¿Bien, Michel? ¿Lo crees así?

La mirada se nubló tras los cristales convexos.

—En todo caso, mejor. Mucho mejor.

—Me alegraré tanto... Buenas noches, Michel.

—Buenas noches, nenita.

Alice cerró la puerta, y él aguzó el oído para oír el golpe de otra puerta, y el chirrido de los goznes lejanos. Fue sólo entonces cuando rechazó el lápiz, el archivador y los papeles desparramados, y empezó a pasearse con pasos suaves. Caminaba muy erguido, las mandíbulas estrechamente apretadas, y saboreaba la licencia de poder irrumpir, finalmente, sin testigos, en un elemento nuevo, un poco resistente, de una tonalidad subida, más bien parda y rojiza, donde se sentía seguro de no encontrar a nadie. Esta aberración duró poco y cuando desapareció la echó de menos. Pero se apercibió que la resucitaba al recitarse ciertos pasajes de las tres cartas de Ambrogio, y comprendió que una tal ilusión no era más que el furor.

«El furor —afirmó—. A fe, que esto es mejor que la tristeza. ¡Qué mal se conoce uno!». Se detuvo para beber, y volvió a andar, alta la cabeza y crispados los puños. Al caminar hacía movimientos con los brazos, armonizados al ritmo de su peso, que no eran completamente voluntarios: «No hay nada mejor para distenderse», pensó. Pero se sorprendió apuntando al pasar a la lámpara encendida, y también a la botella de agua mineral, deseando su caída y el estrépito que a lo lejos la proclamaría... Al mismo tiempo, vio que su último cigarrillo, caído del cenicero, quemaba la madera del escritorio. «Estas maderas carcomidas son muy traidoras... Además, Cransac está todo carcomido desde los desvanes a los sótanos...». Las palabras fuego, fin, flamear reían a su imaginación con sus fe que soplaban incendio y humo...

Cuando todas las imágenes rojas y pardas, las chispas anticipadas y multicolores del cristal roto palidecieron al unísono, se sentó, defraudado por su extravío. «¡Pobre pequeña! —pensó—. Si llego a tenerla a mano hubiera sido capaz de maltratarla. Pero, ahora, ¿qué será de mí?».

Se apoyó en los codos, se contempló distraídamente en su espejito de bolsillo que Alice olvidaba encima de todos los muebles, apartó de su frente sus cabellos que la humedad rizaba.

«No estoy mal. Excepto que tengo un extraño color de cara, me encuentro más joven, más favorecido que ayer... Sí, pero ayer no había leído las cartas de Ambrogio. Ayer, es cierto, no era muy dichoso. Pero no había leído las cartas de Ambrogio. Es toda la semana pasada lo que tendría que suprimirse».

Hojeó, gravemente, el bloque de notas. «Estamos... a martes. Así, pues, el día siguiente al de nuestra llegada fue lunes... Ese lunes por la mañana, sí, hice el recorrido desdígamos el recorrido de la hipoteca con Chevestre. Sentía tal prisa en dejarle que le planté, diciéndole que tenía que telefonar a París... Él quería proponerme una vez más... ¿Proponerme qué? ¡Ah, sí! Construir una especie de dique, un abalizamiento, en la parte baja del huerto, para impedir las pequeñas bromas anuales del río».

Agujereaba, con la punta del lápiz, el fino papel del bloque de notas, y calculaba: «Así que, si llego a ir con Chevestre, si al menos en apariencia me hubiera interesado por el deslizamiento de tierras a un nivel inferior, si llego a casa media hora más tarde, ¿no hubiera ocurrido nada? Es prodigioso. Prodigioso. ¡Lo que tendría

entonces! Yo con sombrero de paja, Alicia destocada. Yo al volante. Alice a mi lado. Alice dibujando el vestido de Daffodyl... los labios azules a fuerza de morder el lápiz... la mueca que tiene cuando dibuja, su horrorosa naricita fruncida. ¿Tendría todo eso si hubiera seguido a Chevestre? Es prodigioso. Es demasiado... Es demasiado...».

Unas lágrimas se deslizaban a lo largo de su nariz, y se aprovechó del llanto para volver de nuevo a la exaltación.

—¡Sí, es demasiado! —exclamó en voz alta, ofendiendo la fragilidad del silencio de la madrugada. Una de las estanterías gemelas se estiró en el fondo de la habitación, y uno de los vasos se estremeció musicalmente contra la botella de agua.

Un arco de carmín, en el borde del vaso, recordaba que Alice había bebido en él. «Si se hubiera muerto, conservaría el vaso» —pensó Michel—. «Sí, pero está viva esa boca grande que sabe tan bien pintarse en arco. ¿*Que sabe tan bien... sabe tan bien...?*», se repitió en su interior. Tres o cuatro palabras acudieron dócilmente a completar una frase que había leído una hora antes, y miró consternado a su alrededor. «¿Por dónde huir de palabras como éstas y de lo que me muestran? Sin embargo, he de poder huir. No soy el primero. ¡Ni el último, canastos!». Volvió a recuperar su sangre fría, se humilló: «Es cierto. Pero soy el único. Como todos los otros. Y, además, los otros no se han casado con Alice. No han puesto, como yo, todos los huevos en la misma cesta durante diez años. ¡Diez años! ¿No es tal vez una puerilidad que, al cabo de diez años, me sienta fuera de mí porque...? Exactamente, ¿por qué? Ayer, era a causa de una especie de idilio, confidencial, friolero, junto al fuego, un poco tontaina y charlatán...».

Hizo una mueca, dedicó a las sombras su sonrisa de burla, hizo: «*Pch, pch, pch, pch*», remedando un charloteo.

«Hoy, es otra cosa...». ¡Hoy...!

—¡Imbécil! —dijo en voz alta y fuerte.

«¡Imbécil! Le he hecho a ella, y también a mí, la vida difícil, pues ella pretendía haber otorgado a ese tipo una... ¿cómo lo llamaba?, una amistad un poco voluptuosa. Una confianza... ¿Era la palabra confianza, o la palabra amistad, la que yo encontraba intolerable? Es para reír de veras. Si pudiera tener un día menos, le diría: “¡Si está muy bien! Si lo que le diste es lo más insignificante. Da tu amistad tanto y cuanto, y también tu confianza, ¡para el caso que hacéis vosotras las mujeres...! Y aunque sea un poco voluptuosa”, lánzate alegremente, querida».

Ahogó sus sollozos sobre su manga, la cabeza encima de su brazo doblado. «Hoy he encajado lo mío. Si al menos no le hubiera cogido las cartas... Pero le quité las cartas, y las he leído. Las he leído a fondo». Para demostrarle que, en efecto, las había leído bien, una pequeña frase irguió su cabeza violeta en forma de «*M*» mayúscula. Hizo monerías un instante, luego tomó impulso, arrastrando tras sí una banderola de palabras sucias. Al final de la carta, la mano del amante había lanzado, como una flor en la cola de un vestido, un dibujito muy concreto.

Michel levantó la cabeza y se secó el rostro. Sabía que la segunda carta, y la tercera, ésta agradecida, aquélla prometedora, no cedían en nada a la primera, y que la segunda contenía, infamia enorme, una alegre cuarteta que obligaba a Alice a rimar lujuriosamente con cálice... Hizo con la mano un ademán moderado y sin esperanza. «No tiene arreglo. ¿Qué peor que no tener dudas? Y, además, si a ella se le ocurre quitarse el vestido delante de mí, volverme la espalda para saltar el borde de la bañera, ponerse a cuatro patas para buscar la sortija o el lápiz de labios...».

Se levantó como si hubiera sido empujado fuera del asiento: «Es increíble, la de porquerías que tres palabras pueden encerrar... Todo ha sido escrito, todo ha sido evocado, pensaron en todo...».

—¡En todo, hasta en lo que más me gustaba a mí! —gritó.

Su propia voz le alarmó, y miró en torno suyo.

Entre los postigos interiores semicerrados, nacía el día, casi tan azul como un claro de luna.

«El día... ¡Ya! Qué deprisa pasa el tiempo. El día ya. Estaba tan tranquilo. Tranquilo no es la palabra exacta, pero, en fin, estaba solo. Cuando ella se levante... ¿Qué será de mí, cuando ella abra la puerta del dormitorio? Preguntas, sorpresas, y una gentil inquietud. Y me dirá que no soy razonable, y se me acercará, posará sus manos sobre mis hombros, ¡esa intocable!, alzando sus hermosos brazos... ¿Y qué puedo hacer ahora de sus brazos en alto, de sus pequeñas axilas negras...? ¿Y de su lunar, junto al ombligo, un lunar grande como una pieza de diez céntimos...?».

Volvía, sin darse cuenta, para celebrar a Alice, a emplear un vocabulario de antaño, ordinario, apasionado, que ella le permitía todavía en instantes en que al sonido de una palabra se estremecía toda, cerraba los ojos y aspiraba el aire entre los dientes como si tuviera muchísimo frío... ¡Un lunar único! Grande como una pupila. Y cuando ella quería, móvil... Le decía: «He visto muchas mujeres en mi vida, pero tú eres la única que me ha guiñado el ojo con el vientre». ¿Muchas mujeres? Hablemos de eso. Para lo que han contado al lado de ella...

Perdió conciencia en medio de una palabra, pero aún no le había llegado el momento del descanso y el peso de su cabeza le despertó en el acto. Se sacudió, se levantó, vio que la brecha azul de la ventana se blanqueaba, y abrió los postigos interiores. En vez de la claridad que temía y de unos rayos horizontales al borde de un cielo limpio, se encontró ante el alba gris, ante el sueño de las plantas encorvadas bajo sus cabelleras de agua. Un gallo encerrado cantó con sordina; el olor del establo vagó en el aire, despertando un hambre dolorosa en el estómago vacío de Michel.

«Si como, todo se irá al cuerno. Me conozco». Apagó la lámpara del escritorio, pero no abrió el cajón que contenía un revólver. «¿Yo, hacer semejante cosa en mi casa? ¿Mostrar eso a Alice...? Y María, ¿qué diría María...?».

Se abrochó la chaqueta, tanteó la cartera en el bolsillo. «Pensándolo bien, me la quedo, puesto que el dinero está en el cajón. Veamos, veamos; estábamos diciendo... ¿El pañuelo? Sí, tengo mi pañuelo. ¿La agenda? Tengo la agenda. Me parece que no

olvido nada».

Para evitar el chirrido de las puertas, franqueó, haciendo un esfuerzo, el balcón. «Como un enamorado, señora. Un enamorado algo anquilosado...». Al pasar, el jazminero amarillo y el rosal de mayo le derramaron en la nuca una lluvia de gotitas, tan fría que no pudo reprimir un «¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!» imprudente. Desde el borde de la terraza contempló a Cransac cerrado y malhumorado, sus dos torres achaparradas bajo sus calados sombreros de tejas. «¡Ah!, mi Cransac... Mi Cransac tan querido...». Avivaba su emoción, pero no experimentó el menor enternecimiento, y se encogió de hombros. «No —se confesó—. ¿A qué tengo cariño, fuera de Alice? A nada. Cransac es un pequeño sentimiento en conserva. Y también una buena dosis de vanidad, vamos, confesémoslo... Lo que no impide que deje a los dos al descubierto, a Alice y a Cransac...».

Se animó con la malignidad del que ve correr a los transeúntes bajo el chaparrón, cuando él ya se ha cobijado a tiempo. «¡Oh!, se las compondrá bien. Cuando quiere... ¡La veo ya teniéndoselas tiasas con Chevestre! Y con la gente del seguro de vida, que siempre rechazan la tesis de un accidente. ¡Ah, será un soberbio espectáculo! ¡Toma, y mi contrato con Ambrogio! El nizado sabrá con quién ha de habérselas. Estará magnífica, con un aplomo colosal... La cabeza hacia atrás, el pitillo en la boca, la mano en la cadera...».

Un vértigo producido por la inanición no pudo velarle aquella cadera, ni el pliegue que la marcaba cada vez que Alice, asaltada a traición, giraba sobre su cintura sin soltarse de su agresor...

Se precipitó por la pendiente, atravesó el bosquecito donde aún reinaba la noche, y encontró bajo sus pasos, pesado, retardado por su légamo ferruginoso, el río que golpeaba, con pequeñas y mudas olas, la rota cerca del parque.



COLETTE, Seudónimo de Sidonie Gabrielle Claudine Colette (1873-1954). Novelista francesa. Hija de un militar, a los 20 años se trasladó a París con su marido, el novelista Henry Gauthier-Villars, que se había hecho popular con el seudónimo de Willy.

Su marido, en beneficio propio, la alentó a escribir la «serie *Claudine*», que más tarde se hizo famosa y comprende novelas como *Claudine en la escuela* (1900) y *Claudine à Paris* (1901), *Claudine en su casa* (1902) y finalmente *Claudine desaparece* (1903).

Con *Diálogos de animales* (1904) comenzó verdaderamente la carrera de escritora de Colette. Después de 13 años de desdicha doméstica, se separó de su marido en 1906 y llevó una vida bastante agitada que provocó escándalo. Bailó desnuda en el Moulin Rouge, mantuvo relaciones con la hija de un duque y también con Auguste Hériot, al mismo tiempo que escribía, daba conferencias y actuaba en teatro. Finalmente, ganó fama literaria con *Renée* (1910). En 1912 se casó con Henry de Jouvenel, de quien tuvo una hija.

En 1913 apareció *El obstáculo* y en 1916 *La Paix chez les bêtes*, pero gran parte de su actividad estuvo consagrada a artículos y crónicas periodísticas. A partir de 1917, trabajó en textos en los que se mezclaban relato y teatro: *Mitsou ou Comment lesprit vient aux filles* (1919) y *Chéri* (1920), novela consagrada al amor entre un adolescente y una vieja cortesana, que consolidó su prestigio. La temática de iniciación al amor fue retomada en *El trigo verde* (1923). Siguieron *Al rayar el día*

(1928), *La casa de Claudina* (1930) y *Sido* (1930), así como varios relatos intimistas. Hacia el año 1927 sus obras eran elogiadas por autores tan famosos y diversos como Marcel Proust, André Gide y Paul Claudel. De sus novelas (la mayor parte de las cuales reflejan de un modo apasionado, realista y sardónico los problemas de una mujer enamorada) la más conocida es *Gigi* (1945), adaptada al teatro. Su última obra fue *En pays connu* (1950). En 1953 fue ascendida a gran oficial en la Legión de Honor, grado que sólo otra mujer había logrado antes que ella.

Notas

[1] Es un arbusto de 1 a 5 m de altura originario de los bosques de valles y montañas de Japón y China. Aucuba japónica es dioico, es decir, presenta diferentes plantas para el sexo masculino y femenino. Son plantas de jardín muy populares en el Reino Unido y en el resto de Europa occidental. Este arbusto es también muy popular en Estados Unidos, donde es comúnmente conocido como *Gold Dust Plant* (planta de polvo dorado). (N. del Ed). <<

[2] *eglantinas*: tipo de rosas silvestre de color rosa brillante. (N. del Ed). <<

[3] Tela estampada (N. del T.). <<

[4] *Herbe à Robert (Geranium robertianum)*: Es una hierba muy común que se expande por Europa, Asia y norte de África. Crece en las escombreras, muros viejos, terrenos pedregosos, linderos de bosques y lugares cenagosos, húmedos y umbríos. La flor es de color rosa o púrpura. (N. del Ed). <<

[5] *cassis*: Supongo de refiere a la *crème de cassis*, licor dulce rojo oscuro hecho con grosella negra, originario de la región de Borgoña, en Francia. De consistencia cremosa y concentrada, se suele tomar mezclada con otras bebidas, por lo que se emplea como ingrediente de varios cócteles. (N. del Ed). <<

[6] Sopa de coles, jamón y tocino, muy popular en el sudoeste de Francia. (N. del T.).

<<

[7] Carne estofada. (N. del T.). <<

[8] Señor «Fin de semana». (N. del Ed). <<

[9] *leguis*: pantalones estrechos tipo «pitillo». (N. del Ed). <<

[10] ¿Puedes darme un cigarrillo, Michael, por favor? (N. del Ed). <<

[11] Cristales de pasamanería. (N. del Ed.) <<

[12] *piquet*: juego de cartas para dos jugadores. (N. del Ed.) <<

[13] Verso de Victor Hugo: Están lloviendo verdades evidentes. Protegeos con vuestros chubasqueros rojos. (N. del Ed.) <<